

YO, MARCIANO

JOHNNY GARLAND

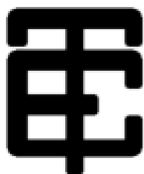
Yo, Marciano

Colección ESPACIO

Yo, Marciano

por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

DEPÓSITO LEGAL B. -15.353 - 1960

Núm. De Registro: 5.022 - 1960

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY, S. A. – Arnaldo de Oms, 51- 53, Barcelona

PRÓLOGO

I

El "Coronel" me ha llamado.

Cuando el "Coronel" llama a alguien, uno ha de presentarse inmediatamente. No le gusta esperar. En realidad, hay muy pocas cosas que le gusten. Pero, sobre todas ellas, quizá la que más resulte de su agrado, sea la puntualidad, la exactitud y el orden en el servicio.

Me he apresurado a dejar la limpieza de mis armas y el aseo de mi uniforme, para correr a su presencia. He cruzado el campo, el amplísimo campo de maniobras y vuelos experimentales, subido en un "monotractor". He llegado al edificio central del espaciódromo, y he, exhibido mi credencial azul ante todos los "ojos electrónicos" y centinelas-robot que encontré a mi paso. Finalmente, he llegado a la antesala del "Coronel",

Allí estaba Aurea.

Aurea es una chica preciosa. Una criatura encantadora, que me trae bastante trastornado. No soy un tipo enamoradizo, en el exacto sentido de la palabra, pero lo cierto es que Áurea consigue enloquecer a todos los del sexo opuesto, con su sola presencia.

Quien diga que en nuestro materializado mundo actual, de aerocohetes, proyectiles fabulosos, naves interplanetarias y todo eso, no cuenta mucho el alma ni el corazón, está en un error. Áurea lo demuestra con su sola presencia. Mi corazón, y otros muchos, laten más de prisa cuando ella pasa, cuando ella sonríe, cuando ella habla...

—Hola — me dijo—. ¿Qué buscas por aquí?

—Me buscan — repuse—. Orden del "Coronel".

No sé, pero me ha parecido ver un brillo de decepción en sus ojos, un rápido gesto de ansiedad.

—Oh, es eso — ha declarado con lentitud —. ¿De modo que eres uno de los “elegidos”?

— ¿“Elegidos”? ¿Qué “elegidos”?

—No, nada...—sonrió, llevándose mi dedo a la boca—. Alto secreto. Que sea el propio “Coronel” quien te lo diga. Yo no tengo autoridad para exponer temas oficiales.

—Entiendo — he mirado hacia la puerta de acceso a la oficina privada del “Coronel”. Hago un gesto, señalándola—. ¿Tardará mucho?

—Creo que no —rio Aurea. Pulsó una tecla y anunció por el micrófono—: El soldado Jahn Zoltan se presenta, “Coronel”,

—Que entre — fue la orden Inmediata que llegó por el aparato.

Y, naturalmente, tengo que entrar...

II

El “Coronel” estaba como siempre. Sentado en su gran asiento plateado, con su aire solemne, grave y lejano. Parecía un gran dictador o un poderoso monarca. Quizás, en el fondo, y dentro del Sistema Central, era una mezcla de todo eso. Aunque sobre él estuviera el poder máximo del Gran Rector.

Pero el Gran Rector no tenía contacto directo con nosotros. Jamás lo había tenido. Estaba demasiado alto. Sin él, el Planeta no existiría como tal organización poderosa, como auténtico centro del Sistema Solar.

—Acérquese, Zoltan—dijo la voz, grave del “Coronel”. No apartaba sus ojos de mí. Parecía un ave gigante de los yermos del Norte —. Me gusta su puntualidad. Es una de las cosas que más me gustan en mi gente.

—Lo sabía, señor.

— ¿Lo sabía? — había arrugado su cara —. ¿Por eso ha venido en seguida?

—Sí, señor.

—Es usted muy sincero. Zoltan. Me gusta más la sinceridad que la

puntualidad, ¿Sabía también eso?

—No, señor. Pero también a mí me gusta ser sincero. Aborrezco la mentira como tal, si no es estrictamente necesaria para nuestra labor.

—Muy bien — asintió el "Coronel"—. Creo que no me he equivocado al elegir a mi hombre. Usted va a cumplir muy bien la misión que espero confiarle.

—Me gustarla, cumplirla tal y como espera. MI mayor satisfacción será la de servir a mi causa, aquí o en otros mundos.

—Será, en... otros mundos—declaró el "Coronel", tras un silencio.

Le contemplé fijamente. Lo había supuesto. Pero siempre que un soldado de la Fuerza Astral era elegido para una misión en otros planetas, eso significaba una sola cosa: PELIGRO.

Y peligro de muerte era lo más habitual. Nosotros llevamos siempre sobre nuestro negro uniforme, el blanco emblema de una calavera, sobre el escudo verde y oro de la Fuerza Astral. En realidad, la Muerte es nuestra compañera. Se nos llama también la Legión Negra. Desafiamos el peligro en todo momento que nos llama el servicio. Pero nuestra labor anónima es necesaria para mantener la paz. Aquí, y fuera de aquí, a veces.

—Le escucho, señor —dije con calma—. Donde la lucha sea necesaria, un soldado de la Fuerza Astral está siempre dispuesto a ir. Si no es por orden superior, como voluntario.

—Gracias, soldado Zoltan — habló secamente el "Coronel"—. Ahora, escuche. Voy a darle las instrucciones precisas. Son escasas pero concretas. La misión que le encomiendo es más bien de iniciativa propia. En muchos momentos, usted habrá de resolver por sí mismo...

—Procuraré hacerlo lo mejor posible.

—Lo sé, soldado. Su misión tendrá lugar en Wrazz.

— ¿Wrazz? ¿Qué ocurre en ese planeta?

—Lo mismo que en otros ha sucedido antes. Lo mismo que pudo haber sucedido aquí, de no actuar nosotros a tiempo.

—Entiendo. ¿Invasión?

—Sí.

Un nuevo silencio. Luego, percatándome de la gravedad de la misión, añadí simplemente:

—Escucho, señor...

Y el "Coronel", empezó a hablar...

III

Ya estoy a bordo de mi nave.

Su forma circular, vertiginosa, está hendiendo el espacio a la "supervelocidad" habitual en este, tipo de astronaves. En torno mío, por los lentes visores laterales, veo desfilar los miles y miles de, astros del espacio.

Ha quedado atrás mi mundo. Voy directamente hacia Wrazz, donde me esperan el peligro, la aventura, la lucha constante contra los "sakais". No sé si triunfaré o seré derrotado. Los "sakais" son demasiado fuertes y peligrosos para tener mucha esperanza en el triunfo final.

Además, el pueblo del planeta Wrazz, que se cree sumamente adelantado, según opinión de nuestros observadores celestes especializados, carece de la suficiente capacidad y poder para descubrir, por sí mismo, el enorme riesgo, la amenaza tremenda que tiene encima, cerniéndose sobre el como uno de esos negros nubarrones de, las grandes tempestades invernales de mi mundo.

Tendré que ponerme en contacto coa esas gentes, buscaré la forma de entrar en relación amistosa, con los seres del planeta a donde me dirijo.

Lo realmente importante es que ellos me comprendan, que vean en mí al amigo, al aliado, y no al agresor o al visitante hostil que creerán ver. Siempre hay gentes excepcionales dentro de cada mundo habitado, y nuestros observadores de vanguardia han coincidido en facilitar un nombre entre todos los que ofrecieron como seres más aptos para comprenderme... y ayudarme.

Ese hombre es inteligente, audaz y sensible. Tiene imaginación y astucia. Estudios y alto nivel mental.

Justamente la clase de hombre que yo necesito. La clase de hombre que necesitamos todos. Todos, menos los "sakais".

Ah, por cierto. Casi lo olvidaba. Tengo que estudiar ciertos términos curiosos de los utilizados en el lenguaje de Wrazz, para poderme expresar en la forma debida. Estoy releyendo esos términos, para retenerlos. Luego, con la cinta magnético-memorística, lo grabaré en mi cerebro, y podré expresarme en el idioma de "ellos"...

Según ese curioso idioma del mundo que voy a visitar, Wrazz se llama Tierra. Los "sakais" serán "plutonianos"... Y mi mundo, Swaai, será Marte.

Yo, Jahn Zoltan, seré para ellos, los terrestres, naturalmente... UN MARCIANO.

Porque, en realidad, “soy un marciano”...

YO. MARCIANO



CAPÍTULO PRIMERO

MARK DOLAN



DOLAN, tome. Ésta es la baja de su Servicio Espacial. ¿Está todo en orden?

—Todo, señor. Gracias por la diligencia.

—Espero, Dolan, que nunca se arrepienta de dejar el Cuerpo al que ha pertenecido durante estos años, en forma tan brillante por cierto.

Mark Dolan denegó lentamente con su rubia y

CAPÍTULO PRIIMERO

MARK DOLAN



OLAN, tome. Ésta es la baja de su Servicio Espacial. ¿Está todo en orden?

—Todo, señor. Gracias por la diligencia.

—Espero, Dolan, que nunca se arrepienta de dejar el Cuerpo al que ha pertenecido durante estos años, en forma brillante por cierto.

Mark Dolan denegó lentamente con su rubia y poderosa cabeza de atleta. Recogiendo los documentos que le entregaba el oficial de servicio en las oficinas, sonrió al declarar;

—Uno, nunca se arrepiente de una cosa, si es feliz, al hacerla.

— Entiendo. De todos modos, nuestro deseo es que sea realmente feliz en su nueva vida. Aunque muchos nos preguntamos aquí si un hombre como Mark Dolan podrá ser feliz, convertido en un hombre de hogar, con esposa e hijos.

—Junto a Saddie Kent, me sentiré dichoso. Por eso abandono el servicio.

El oficial asintió con una sonrisa comprensiva. Estrecho la mano a Mark.

—Enhorabuena, pues — le deseó —. Espero que nos veamos, a pesar de todo.

—Claro — rio Mark—. Vendré a veces por aquí.

Y os espero en mi boda.

—No faltaremos — prometió el otro.

Dolan abandonó el edificio de oficinas. Caminó por el amplio sendero de asfalto, entre los edificios destinados a las diversas dependencias del Servicio Secreto del Espacio, que tanto había significado en su vida, desde que sus padres murieran en 1985, atacada la astronave en que viajaban por una cuadrilla de forajidos del espacio.

Entonces, Mark prometió dedicarse a defender la Ley y el Orden en los cielos, y cumplió a fondo su promesa. Limpió el cielo de rufianes, vengó a sus padres asesinados por los piratas del espacio, dos de los cuales murieron en la batalla, y otros tres fueron ejecutados en la cámara de gas.

Tras eso, todo un brillante historial de servicios, luchando por la legalidad en la Tierra, en las seis Estaciones del Espacio puestas en órbita por los humanos durante los últimos veinte años, en la Base Lunar y en la Super-Estación situada a medio camino entre la Tierra y Venus, que era como una gran ciudad flotando en el vacío.

En cambio, algo había fracasado en la Tierra, algo que hirió muy profundamente el orgullo humano, tras seis tentativas estrepitosamente hundidas en la derrota: la conquista de Marte.

El enigmático mundo rojo, resistió impávido las intentonas más científica y mecánicamente acabadas. La nave enviada casi nunca llegó a su destino. Marte se resistía a ser escrutado de cerca por los hombres.

Las teorías de una vida inteligente en Marte habían ido abandonándose. Algunos sostenían que era posible, y ciertas fotografías marcianas obtenidas desde la Base Lunar, parecían revelar la existencia de manchas que podían ser grandes metrópolis, y los famosos "canales" de la superficie rojiza de Marte seguían pareciendo obra artificial de unos seres vivos, y no producto de la Naturaleza, como otros sustentaban, basándose en la deformación de las líneas por la distancia, que producen la sensación de ser rectas, sin serlo realmente.

Siguieron, pues, las historias de los "platillos volantes", cuando un fenómeno no era realmente identificado, y la psicosis de las gentes se resistió a enterrar las historias de discos voladores procedentes del enigmático Marte, origen de tanta literatura pseudo-científica en lo largo del Siglo XX.

Ahora, se iniciaba ya el Siglo XXI. Y aquel esperado año 2000 había traído a Mark Dolan, el agente especial del Servicio Secreto del Espacio, el amor y la baja en su servicio. Esto tenía que haber ocurrido un día u otro. Y ya había sucedido.

—Adiós, Dolan…

Se detuvo, cortados sus pensamientos por aquella voz. Volvió la cabeza. Procedía de la ventana inferior de un pabellón de oficinas y salas de entrenamiento para los agentes.

—Jane, te suponía en Extremo Oriente, resolviendo el misterio de los sabotajes en las naves interplanetarias de Base Pekín…—habló, sorprendido, clavando sus ojos en la bonita figura de mujer que asomaba por la ventana.

—Ya he vuelto — rio la joven agente del Servicio Secreto del Espacio, Jane Moore—.. Asunto resuelto. Era una organización semireligiosa, una secta fanática que quería volver a la Edad de Piedra, acabando con todos los inventos e ingenios actuales.

—Hum. Me pregunto si no tendrían razón esa gente. Tal vez todo fuera mejor para la Humanidad sin tanto progreso.

—No digas atrocidades, Mark…— soltó una leve carcajada. Luego, algo más seria, contempló a Mark con interés —. Me han dicho que te casas.

—Si.

— ¿Con la muchacha que conociste hace un año?

—Eso es.

—Saddie es muy bonita. Te deseo que seas muy feliz, Mark.

—Gracias, Jane.

—Ya no volveremos a ser compañeros de infortunios, ¿verdad?

—No. He solicitado la baja. Ya la tengo. No soy ya agente especial.

—-Vamos a echarte mucho de menos.

—Y yo a vosotros. Espero que no faltes en mi boda.

—Iré — asintió Jane, inclinando su morena cabeza y entornando un segundo sus oscuros, brillantes ojos—. Prometido, Mark.

—Gracias, Jane. Eres una gran chica. Lo fuiste siempre—-le pegó suave, cariñosamente, en la barbilla—. Creo que eres el mejor compañero que he tenido nunca…

Se alejó, agitando su mano alegremente. Jane, correspondió al saludo, en forma más desmayada. Luego, viendo partir la arrogante figura masculina, con el largo y rápido paso de sus piernas flexibles y musculosas que el uniforme ceñía prietamente, musitó entre dientes:

— ¡Grandísimo tonto! ¡El mejor compañero…! Tenía que haberte seducido, como esa tonta millonaria, para conseguir que te dieras cuenta de que soy una mujer…

Pero ya era tarde para eso. Demasiado tarde para todo.

Mark Dolan había dejado el Servicio. Y se iba a casar con la rica y bellísima Saddie Kent, propietaria de vastas haciendas en Australia, Brasil y África del Sur. Considerada por la Prensa y la Televisión, como la mujer más rica y más hermosa del mundo. Después de todo, no se le podía culpar de ello a Dolan.

* * *

Saddie apartó sus labios de Mark. Le contempló fijamente, con sus grandes ojos azules y centelleantes, tras las sedosas pestañas doradas como su corta melena ondulada.

— Mi querido Mark… — susurró —. Te amo. Creo que eres realmente mi primer amor.

—Saddie, tú eres una mujer que ha recorrido el mundo. Habrás tenido pretendientes, habrás creído amar alguna vez a alguien…

—Lo he podido creer. Pero luego he comprendido que eran simples espejismos. Un amor de verdad es este nuestro. Voy a ser muy feliz contigo, Mark. ¿Y tú?

—También, querida. Sólo me preocupa tu dinero.

— ¡Mark! ¿Otra vez con eso?

—Sí, querida. Perdona, pero tengo que sentir así… Posees demasiadas cosas valiosas, demasiadas tierras, haciendas… una fortuna inmensa. No me gusta el dinero.

—A mí tampoco — rio ella —. Era a papá a quien le gustaba locamente. Por eso se pasó una vida entera amasando su fortuna. Un día, sin tiempo aún para disfrutarla, y cuando faltaban un par de meses para terminar el plazo que a sí mismo se impusiera para crear su fortuna y dedicarse a vivir de ella, murió. Yo he aprendido la lección. Y en vez de incrementar esa fortuna, me dedico a gastarla. Sería absurdo amasar más millones, y perder la vida cuando aún no se ha empezado realmente a vivir.

—Creo que haces bien. Te sobrarán millones para gastar, a pesar de ello. Pero yo no estoy habituado a fortunas. No me gustará que la gente pueda decir que…

—Por favor, Mark — ella le cubrió la boca con sus dedos —. No sigas por ahí. Nadie piensa en eso. Saben que he sido yo quien se enamoró de ti. Y el mundo entero conoce bien a Mark Dolan, su héroe en mil peripecias, el defensor de la ley en el espacio. Eres el ídolo de muchos. Y un ídolo está por encima de esas mezquindades.

—Pero no por encima de mi propia conciencia.

—Tu conciencia está libre de sombras, querido— rio Saddie —. Lo que importamos, somos nosotros dos. Tú… y yo.

Volvieron a besarse. Mark Dolan se hundió en la dulce embriaguez de su pasión por la hermosa Saddie. Y olvidó sus escrúpulos ante desigual nivel económico de los futuros contrayentes.

CAPÍTULO II

EL EXTRAÑO AMIGO



ARK DOLAN regresaba a su casa.

Tenía una residencia singular, edificada en el Plano Tres de las Colinas. Es decir, en la propia colina el Gobierno Central de la Tierra no permitía la edificación, por perjudicar los planes de cultivo de la tierra, que en todas partes era intensísimo, para suplir por medio de la agricultura la deficiencia en la producción petrolífera y de carburantes, debido al agotamiento progresivo de los yacimientos, en

toda la faz terrestre. Pero sobre las colinas y los campos, quienes gustaban de vivir fuera del tráfico denso de la ciudad, fuera de sus altos edificios, de sus pistas aéreas, de sus mil puentes entrelazados, para el tráfico aéreo de los vehículos del año 2000, estaban autorizados a edificar en distintos Niveles o Pisos Magnéticos. No existía el piso en sí, sino una estructura magnética invisible, sostenida por poderosas “columnas” electrónicas, también invisibles, pero capaces de soportar pesos ingentes. Así, como auténticas casas levantadas por duendes asombrosos en el espacio, se alzaban las edificaciones en el aire, sobre nubes o entre ellas. Un habitante de 1950 ó 1960 hubiera creído estar en un mundo de magia y de prodigios, de haber podido abrir sus ojos al portentoso avance técnico y científico del siglo XXI. Los edificios se mantenían perfectamente fijos, inmóviles en el aire, en sus diferentes Planos o Niveles. Pero la sensación era fantástica.

Mark subió a su propia vivienda, de forma hemisférica, blanca y con largas cristaleras plásticas, sobre las que el sol ponía reflejos centelleantes. Debajo, las colinas verdes eran como una nota de júbilo de la Naturaleza, triunfante sobre la ciencia del hombre. Más allá, la gran ciudad ponía sobre el terreno llano el esplendor de, sus enormes bloques urbanos, de sus aeropistas, puentes, canales navegables y cúpulas centelleantes.

Entró en la vivienda. Se tendió cansadamente en un diván, frente al televisor. Escuchó un programa musical desde Base Lunar, los boletines de noticias y asistió a la proyección de un telefilm científico-militar, sobre la Defensa Universal, en caso de una guerra interplanetaria.

Mark bostezó. Esto último parecía tan remoto y tan improbable, incluso en aquel tiempo, que no merecía la pena molestarse en ver las posibilidades militares y técnicas del hombre, frente al peligro llegado de otros mundos.

Cerró el televisor y volvió a bostezar. Tenía sueño. Se incorporó, dispuesto a retirarse a descansar. Aplastó el cigarrillo, en el cenicero de vitroplast.

Era uno de los últimos días de vida en solitario. Pronto tendría a una compañera a su lado. A una mujer bellísima y maravillosa, que alegraría su vida aburrida de hombre solo.

Avanzó a través del gabinete. Presionó con el pie uno de los resortes eléctricos ocultos bajo la plancha bruñida del suelo y se apagaron suavemente las tamizadas luces azules. La penumbra quedó tras él. A su paso, iban iluminándose las demás dependencias, que volvían a su apacible sombra cuando él había cruzado. La técnica parecía empeñada, a lo largo de las épocas, en ir reduciendo la tarea

del ser humano hasta el mínimo. Los “servidores autómatas” completaban ese afán, sirviendo al hombre o a la mujer hasta en los más mínimos detalles. Esto había contribuido a extinguir la lacra social de la servidumbre. Ahora, los seres humanos eran realmente iguales entre sí. Con una igualdad derivada, no de su fortuna o sus medios, sino simplemente de un trabajo digno y remunerado. El mundo evolucionaba siempre.

Mark se detuvo de pronto. Había sonado el zumbador de la puerta. Las lucecitas rojas de cada habitación parpadeaban, señalando que había, ciertamente, una llamada.

Mark espere, sorprendido. Nadie acudía a aquellas horas a visitarle. No era habitual ni lógico.

La llamada persistía. El parpadeo rojo llegó a irritarle. Se volvió, encaminándose a una sala de trabajo. Abrió un cajón. Extrajo una pistola electrónica, que guardó bajo su chaqueta. Luego se movió hacia la puerta de acceso al edificio.

Se paró ante ella. Pulsó un resorte. Un detector mecánico de la puerta se mantuvo silencioso y no se iluminó. Mark frunció el ceño. Eso era raro. Cuando había algo o alguien detrás de la puerta, ese detector funcionaba siempre, dando una luz verde si el individuo no llevaba armas, y roja en caso contrario. Jamás se había averiado.

Pero ahora no actuaba. Seguía mudo. Sin embargo, el zumbador llamó de nuevo. Mark se encogió de hombros. Tal vez, después de todo, estuviera realmente estropeado. Más tarde lo examinaría.

Abrió un visor en la puerta. Contempló, sorprendido, al hombre.

Estaba erguido ante la entrada, con una mano apoyada en el pulsador. Resultaba un tipo asombroso, singular. Tenía la piel de color cobre, tersa y brillante como el metal. El cabello, ondulado y blanco. Los ojos, de un fantástico color púrpura. Y no era alto. Quizá no sobrepasaba el metro sesenta. A pesar de ello, sus facciones eran, correctas, virilmente hermosas. Denotaban fuerza, inteligencia y poder.

Mark no supo qué hacer. Por puro formulismo, preguntó a través del audífono de la puerta, sin abrir todavía:

— ¿Quién es?

—Un amigo.

Había sido una respuesta corta, tajante. El tono de, vos, asombroso. Como la vibración grave y sonora de una cuerda metálica, de un tendón de bronce.

— ¿Un amigo? ¿De quién? — quiso puntualizar.

—Suyo, Mark Dolan.

—No le he visto nunca.

—Yo a usted tampoco. Pero soy un amigo. No llevo armas, si teme eso. No voy a atacarle. Abra, Dolan. Vengo a verle a usted. Amistosamente.

Mark no supo por qué lo hacía. Pero aquel hombre poseía un sorprendente don persuasivo. Abrió.

El personaje se introdujo en la casa, con paso firme, seguro. Se detuvo junto a Mark, mientras éste cerraba la puerta. Se miraron ambos hombres. Mark se estremeció ligeramente. La sensación de fuerza y de astucia era mayor, con aquellas pupilas tan próximas.

—No necesita su pistola— sonrió el individuo de pelo blanco, señalando la chaqueta—. Puede dejarla, Dolan.

Mark se asombró. No se advertía su pistola a simple vista. La chaqueta era opaca y recia. Aquel hombre era un gran observador o un telépata formidable. Mark había pensado en la pistola un segundo antes.

—Soy telépata, sí— rio el visitante, sobresaltándole — No tengo rayos X en los ojos, si es eso lo que supone.

Mark dirigió una mirada aprensiva al resorte del detector de la puerta. Estaba resuelto a probar si, situándose él ante la entrada, funcionaría.

—Funcionaría, si — dijo el hombre del cabello blanco y los ojos purpúreos—. Usted es terrestre,

Sus radiaciones físicas lo hacen funcionar. Sus metales, también. Los míos no. Aunque hubiera llevado un arma, no hubiese funcionado.

— ¿Es que usted… “no es” terrestre?

—No.

La negativa, sencilla y rápida, dejó de una pieza a Mark. Hubiera pensado que estaba frente a un demente…, de no haber sido porque, realmente, todo parecía ser como decía su visitante.

—En suma— habló, rehaciéndose—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Jahn Zoltan. En su propia fonética, claro. En mi lengua es algo más complicado.

— ¿De dónde viene?

— ¿Me creería si le dijera que vengo de Marte?

—No.

— ¿Y si le asegurase que soy… “un marciano”?

— sonrió Zoltan.

—Tampoco. ¿Cuál es la verdad?

Jahn Zoltan suspiró. Dijo, iniciando de nuevo la marcha hacia el interior de la casa:

—La que ha oído. Soy un marciano.

Mark Dolan le contempló sin decir nada. Ante aquel silencio y la falta de ideas reflejadas por la mente de su visitado, Zoltan enarcó sus cejas blancas y dijo:

— ¿No me cree?

—Supongamos que sí. Entonces le preguntaría: ¿a qué ha venido?

—Yo diría: a ver a Mark Dolan.

— ¿Tanta es mi fama en Marte? — rio, sarcástico, Mark.

—En Marte no le conocen. Pero le conocemos nosotros, los marcianos interesados en ello. Mark Dolan, del Servicio Secreto del Espacio. Treinta años Primer grado en la clasificación personal de agente secreto. ¿Quiere otros datos?

—Me los sé todos de memoria—rio Mark—. ¿Ahora no adivina nada de mis pensamientos?

—No piensa. Está auto controlando sus pensamientos. Creando un campo anti telepático.

—Eso es. En la Tierra hay muchos telépatas. Algunos son delincuentes habituales, o utilizan sus dotes para el delito. Nos enseñan a dominarnos y a vencer su técnica por medio del aislamiento de ideas. Usted podría ser un tipo raro. Un delincuente, o un loco.

—Podría serlo. En Marte también hay delincuentes y locos.

—Habla muy bien nuestra lengua. ¿Dan cursillos de ella en su planeta?

—No... aún. Pero nuestros exploradores especiales han grabado muchas emisiones en su lengua, por radio y televisión. Ellas han servido para confeccionar un amplio diccionario idiomático terrestre. Y la enseñanza magneto-mental nos da la facilidad de aprender un idioma en horas.

—Muy ingenioso. Para todo tiene una respuesta, Zoltan. Pero sigo sin creer que sea un marciano.

—Es justo. Parece demasiado improbable para que lo crea. Aunque sea usted.

— ¿Por qué precisamente yo?

—Es inteligente, imaginativo... y está acostumbrado a tratar con problemas insólitos. Este es uno de ellos.

—Y el más insólito de todos.

—De modo que no me cree...—Zoltan respiró con fuerza—. ¿Qué puedo hacer para que llegue a aceptar que soy un ser de Marte?

—No se me ocurre nada— sonrió Mark—. Pero aunque le, crea..., ¿qué resolveré con ello? ¿Y qué resolverá usted, que es quien viene a verme?

La respuesta del visitante fue sencillamente asombrosa:

—Tal vez salvar a su mundo. Y, acaso, también al mío...

Mark estudió largamente, en silencio, a su interlocutor. Los ojos púrpura eran graves, pensativos. No parecía bromear. Era un gran farsante... o un hombre que decía la verdad.

—Entre — Invitó, señalándole la habitación inmediata—. Seguiremos hablando allí.

El marciano sonrió. Asintió, pasando por delante de Mark, con una inclinación de su blanca cabeza. Mark le siguió. Los ojos de su visitante lo recorrieren todo. De pronto se clavaron en algo: la pantalla televisora empotrada en el muro, gemela de la del gabinete.

—Me ha pedido una prueba de, mi origen, ¿no es cierto? —indagó.

Mark meneó la cabeza, sorprendido.

—Sí —asintió —. ¿Qué piensa hacer para convencerme?

—Eso me servirá — señaló la pantalla visora—. Es cuestión de un momento...

Pulsó un botón de su ancho cinturón metálico. Abrióse, un compartimiento circular, diminuto. Mark le estudió en silencio. Parecía un generador de energía o algo así, en tamaño reducidísimo. Vio cómo manipulaba en él. Luego, cruzó la estancia, se acercó al televisor y maniobró en sus mandos. Escuchó algo en su generador, que emitía un leve zumbido. Satisfecho, meneó la cabeza afirmativamente, y luego abrió el dial del aparato.

Esperaron a que se iluminara la pantalla. Comenzaron a cruzar franjas de luz y sombra. El marciano graduó la visión y sincronizó la imagen. En el rectángulo fluorescente de extremidades curvas surgió una visión asombrosa, en un fantástico color cárdeno-amarillo. Mark enarcó las cejas.

Un mundo extraño, deformado por la distancia y la recepción defectuosa, pero cuyos perfiles eran visibles, surgió ante Mark. Una tierra roja, yerma y arenosa, agitada su superficie por fuertes vientos... Un sol pequeño y débil en la distancia, mías montañas peladas, de redondeadas cumbres, que cruzaban enormes ciclones fríos. Y ciudades. Ciudades increíblemente bellas, de edificios esbeltos, afilados, de puentes jamás logrados por la ingeniería humana más audaz, de inmensos y larguísimos enlaces metálicos, que surcaban el planeta como una red de comunicaciones, explicando así la razón real,

auténtica, de los “canales” marcianos.

—Ése es mi mundo— explicó Zoltan.

— ¿Cómo lo ha hecho?—preguntó Mark, apartando con dificultad los ojos de la pantalla.

—Conecté mi transmisor de energía a larga distancia con el sistema de televisión terrestre. En el espacio se ligó su alcance con la enorme difusión de nuestros medios televisores., que alcanzan distancias inmensas.

— ¿Eso… es Marte? — interrogó Mark Dolan.

—Sí. Y ésas, nuestras gentes — señaló a los seres que cruzaban por la pantalla fluorescente, a cuantos iban y venían, entre la jungla de asombrosos edificios metálicos. Eran similares a Zoltan, gentes con su mismo aspecto físico —. Ésos somos nosotros, los marcianos…

Mark Dolan siguió viendo, fascinado, las imágenes televisadas desde cincuenta millones de millas. Luego, Zoltan cerró suavemente el dial. Las luces y sombras se diluyeron.

Hubo un silencio. Mark contempló al marciano. Luego, habló despacio:

—Le creo — dijo—. Le creo, Zoltan, Ahora, hable. ¿A qué ha venido?

—Tenía que verle. Usted es, según nuestros exploradores, los pilotos de los “platos voladores”, el hombre idóneo para mi misión. La orden era ponerme en contacto con usted. Y convencerle de que soy marciano. También de que soy un amigo.

—Era una misión difícil. Uno no admite por las buenas que un visitante pueda venir de Marte. Ni siquiera en nuestros tiempos, por adelantados que estemos.

—Adelantados… —Zoltan se encogió de hombros. Su faz era inexpresiva, como una estatua de puro metal—. No lo suficiente, Dolan.

—No lo suficiente… ¿para qué?

—Para luchar contra los “sakais”.

— ¿Quiénes son los “sakais”?

—.Nuestros enemigos de siempre. Y los de todo el Sistema Solar. Los que, con el tiempo, dominarán los mundos… si les dejamos que actúen libremente.

— ¿De dónde proceden?

—De un planeta lejano. Nosotros le llamamos “Sakai”. Ustedes, Plutón.

—Plutón… Está muy lejos, ciertamente. Con los más modernos

telescopios llegamos a verle como una estrella algo grande, pero nada más. Se calcula su distancia de la Tierra en más de tres mil quinientos millones de millas. Casi todo lo ignoramos, acerca de Plutón.

—Nosotros sabemos algo más. Sus habitantes están invadiendo el Universo.

— ¿Puede haber seres vivos en un mundo que dista casi cuatro mil millones de millas del sol? Será un lugar helado y terrible...

—Es helado y terrible..., pero no para los que nacieron en él. Ustedes parecen siempre convencidos de que solamente en su propio ambiente pueden nacer seres vivos e inteligentes. Es un error, un grave error que arrastran hace cientos de años. Cada mundo puede poseer una vida inteligente, adaptada a sus condiciones. Plutón la posee. Son los "sakais" o plutonianos. También ellos son helados y terribles, siguiendo su calificativo de antes.

—Zoltan, su mundo marciano es mucho más avanzado que el nuestro, ¿no es cierto?

—Si.

— ¿Han sufrido el ataque de esos seres lejanos?

—Lo hemos sufrido,

— ¿Vencieron?

—Sí.

—Entonces, saben cuál es el arma, el medio de combatirles...

—Sé que se les puede combatir. Pero no sé cómo vencerles. Nosotros vencimos, porque el ser de Marte es enormemente crédulo. Admite lo más inaudito como cierto, sin necesidad de pruebas tangibles. Basta que alguien con cierta autoridad lo afirme. Cuando yo descubrí la presencia de los "sakais", lo advertí al Gran Rector, que es nuestro jefe supremo. Él me creyó sin más explicaciones. Advirtió al planeta entero. Y luchamos como un solo ser. La solidaridad total, la entrega a la causa propia, sin dudas, es el mejor medio de vencer. ¿Será posible en la Tierra?

— No sé — Mark inclinó la cabeza —. El hombre es desconfiado. Yo no le he creído a usted, Zoltan. Me ha convencido, pero yo no convenceré tan fácilmente a otros. Y convenciendo a estos otros, quedará el tremendo problema de convencer a todo el mundo. Y el mundo es escéptico.

—Lo suponía — Zoltan estudió a Mark con sus sorprendentes ojos purpúreos —. Va a ser difícil.

—Sí, muy difícil...—se levantó, dio unos pasos por la estancia. De súbito se volvió bruscamente a su visitante—: ¿Cómo pueden aclimatarse los "sakais" a la Tierra? ¿Les será posible permanecer aquí

un solo minuto, en el supuesto de que vengan?

—Yo no parto de supuestos, Dolan. Los “sakais” pueden estar aquí cuanto quieran. Es más..., los “sakais” ya están aquí…

* * *

— ¿Aquí? ¿Cómo han llegado? ¿Dónde están? ¿Qué hacen? Eso nadie lo creerá...

—Yo “sé” que están —Jahn Zoltan llevó la mano a su cinturón metálico, plateado—. Mi detector acusa siempre su presencia. Es ultrasensible, poderosísimo... y está especialmente diseñado por la Fuerza Astral de Marte. También nos llaman la Legión Negra.

Había abierto un nuevo compartimiento reducido. De él extrajo un objeto metálico, de forma aguda, con una varilla vibrátil en su extremo. Esa varilla aparecía dotada de un puntito luminoso en su extremo. Lo exhibió ante Mark.

—Éste es el ultra-detector—explicó—. En cuanto hay algún “sakai” o plutoniano cerca, esa luz de su extremo empieza a titilar...

Mark observó cómo parpadeaba esa luz. Luego, otra lucecita, en la forma alargada y cilíndrica del detector, se encendió. Era de color violeta.

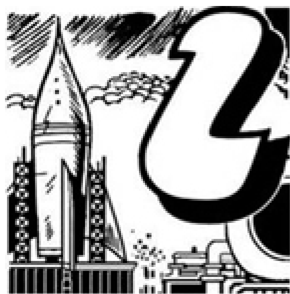
— ¿Y eso?—preguntó Mark—. ¿Qué significa?

Jahn Zoltan estaba rígido. Su mirada era grave, sombría. Su respuesta sacudió a Mark como una descarga eléctrica:

—Es la luz de emergencia. Está indicando que hay un “sakai” muy cerca... En esta misma casa...

CAPÍTULO III

“MUTANTES”



A piel de Mark Dolan se cubrió de un sudor frío. Sabía cuándo alguien hablaba en serio. Incluso cuando ese alguien era un marciano.

— ¿“Aquí”? — Preguntó, perplejo, en un murmullo—. Imposible.

— ¿Por qué?— la voz del marciano era ronca. Pero seguía teniendo aquella metálica sonoridad que la hacía tan peculiar, tan... poco humana.

—No hay nadie en casa..., excepto usted y yo, Zoltan. Las entradas tienen células fotoeléctricas, para prevenir la entrada de cualquier intruso. Nadie puede haberlas cruzado, sin percatarnos de su presencia.

—Usted ya vio que yo no hacía funcionar el detector de su puerta. ¿Quién le dice que los “sakais” no pueden entrar, sin que funcionen sus células fotoeléctricas?

—Es cierto. Vamos. Hay que comprobar si alguien ha entrado en casa.

—Esto no engaña —dijo Zoltan, agitando el detector—. La luz de emergencia señala una proximidad inferior a los quince metros. Sirve para descubrir a los “sakais” emboscados.

— ¿“Emboscados”? .— Mark se detuvo en el umbral, pistola en mano. Se volvió a su visitante —. ¿Es que pueden emboscarse?

—Sí. Ése es el punto más grave de la situación, Dolan. Cuando lo conozca, comprenderá la clase de seres con quienes tenemos que encaramos.

—Le escucho.

—Son “mutantes”.

— ¿“Mutantes”?

—Sí. O “polimorfos”. Pueden alterar a voluntad su aspecto físico, su naturaleza toda. Siguen siendo, en poder mental y en ideas, “sakais”. Pero su apariencia es la normal de un marciano, un terrestre o lo que ellos elijan.

— ¡Cielos, no! —Mark palideció, contra su voluntad—. ¿Pueden pasar por... por uno de nosotros?

—Pueden hacer más aún. Son capaces de duplicar a un ser

humano. Les basta capturar a uno, situarse junto a él y transformar su físico por completo. Al final de la metamorfosis, son el "doble" exacto del otro. Hablan, obran y actúan como él. Pero, detrás de eso, la mente, el frío e inanimado poder de su raza sin alma ni corazón, sigue presidiendo sus actos, dictando las argucias...

— ¡Será imposible luchar contra ellos, en esas condiciones!

—Es casi imposible — sonrió fríamente Zoltan—. Pero nosotros, los marcianos, hemos luchado. Y vencido, no lo olvide.

Mark vaciló. Pareció que iba a seguir discutiendo. Pero, en vez de eso, señaló hacia el pasillo con su pistola.

—Vamos — señaló—. Si es cierto que hay un invasor en mi casa, tenemos que dar con él. ¡Esté donde esté!... ¿Servirá la pistola, si le hallamos?

—Depende de la forma física que posea. Si es un "sakai", no morirá. Pero si ha adoptado cualquier forma terrestre..., estará por fuerza sometido a sus leyes físicas. Pero, sobre todo..., ¡dispare antes de que tenga tiempo de volver a su primitiva forma! Entonces sería poco menos que invulnerable. Y totalmente mortífero.

Mark Dolan, secándose el frío sudor de su rostro con el dorso de la mano, afirmó. Luego echó a andar, pasillo adelante, seguido por su extraño y nuevo amigo de otro planeta.

* * *

Se miraron ambos. El terrestre y el marciano, con igual perplejidad.

—Nada —dijo Mark—. ¿No se habrá equivocado su detector?

—No — denegó Jahn Zoltan—. Si acaso, puede haber sufrido algún trastorno, a causa de la diferente presión y temperatura terrestre. Pero resulta extraño...

—Usted ha visto todo. Las células sin funcionar, las puertas herméticamente, todo en orden. Y mi perro no ha ladrado, como hubiera podido hacer, de percibir algo raro.

Zoltan miró fijamente a Mark.

—Tampoco ha ladrado al entrar yo — observó, contundente—. No lo he oído.

—Es cierto — Mark frunció el ceño—. Acaso sea incapaz "Lobo" de advertir la presencia de seres de otros mundos. Por supuesto, no son visitas habituales en mi casa...

—Vamos a ver a su perro. Me gustaría ver si ladra al verme.

—A mí también. En marcha, Zoltan. Venga por aquí.

Mark Dolan guio a través de la casa. Cruzaron la puerta posterior, que daba a un pequeño patio cubierto. Un alegre ladrido acogió su presencia. “Lobo” se incorporó sobre sus patas, agitando el rabo alegremente. Volvió a ladrar, con sus brillantes ojos fijos en su amo. No parecía descubrir la presencia de Jahn Zoltan.

—Mi fiel “Lobo” — sonrió Mark, avanzando hacia el perro lobo, de noble, aspecto, que ya se movía hacia él, con el júbilo propio de su fidelidad—. ¿Es que no descubres a este simpático marciano que nos visita?

“Lobo” ladró con entusiasmo, cuando Mark acarició su cabeza. Siguió ignorando a Zoltan. Y éste gritó de pronto:

— ¡Atrás, Dolan! ¡Pronto, mate a su perro...!

El animal sí ladró entonces ferozmente, exhibiendo sus colmillos, y avanzó en línea recta hacia el marciano de cabellos blancos. Mark, perplejo, volvió la cabeza hacia Zoltan. Descubrió en su mano el detector ultrasensible. ¡La luz de emergencia parpadeaba violentamente, con rapidez creciente, a medida que “Lobo” se acercaba fieramente a él!

— ¿Eh? — gritó Mark—, ¡Quieto, “Lobo”! ¿Qué dice usted, Zoltan?

Ni “Lobo” pareció dispuesto a obedecerle, ni Zoltan abandonó su detector. La varilla oscilaba con violencia, las luces de señales parpadeaban ahora en forma vertiginosa.

—-¡Pronto, mátelo! ¡Es un “sakai”... Y está empezando a tomar su forma primitiva!

Con horror, Mark descubrió que era cierto. Su perro, su fiel “Lobo”, a quien tanto estimaba, estaba transformándose en una horrible forma, en un monstruoso ser viscoso y helado, de color azul...

Disparó. Tuvo que cerrar los ojos para no ver cómo la cabeza del bueno de “Lobo” volaba hecha pedazos, bajo el impacto de los proyectiles eléctricos. El aullido largo, lastimero, se quebró con la muerte. “Lobo” rodó sin vida, con la parte posterior de su cuerpo medio transformada ya en su forma original... La del ser que había suplantado a su fiel perro.

Contempló con ojos dilatados la forma sin vida. La “mutación” siguió adelante, una vez muerto “Lobo”. A los mismos pies de Jahn Zoltan, el animal fue convirtiéndose en algo aterrador, que provocó náuseas en Mark Dolan,

Era como un ser babeante, oblongo y de forma curvada por arriba. Tenía unas extremidades aplastadas y rugosas, una cabeza achatada y blanda, con hendiduras brillantes, en forma de ojos. Su repugnante y viscoso color azul daba la sensación de hielo puro.

—Dios mío...—susurró Mark—. ¿Cómo…, cómo pudo suceder?

—No es difícil imaginarlo. En su ausencia, entró en su casa. Destruyó al verdadero “Lobo”. Y ocupó su lugar. Cuando usted se hubiera dormido esta noche, habría caído sobre usted. Y mañana, Mark Dolan sería un “sakai” encubierto.

—Ahora... ahora tenemos ya la prueba — dijo Mark, señalando el cuerpo sin vida, la asquerosa forma inerte a sus pies—. Llevaremos esto a las autoridades. Tendrán que creernos, se dictarán leyes para enfrentarnos a la amenaza de Plutón...

—No será tan fácil, Mark — denegó Jahn Zoltan despacio—. ¿Se cree que, de ser tan simple, le hubiera yo señalado tantos inconvenientes? Haría falta matar a un “sakai” ante el Presidente de la Tierra, o ante un pueblo entero reunido, para que lo creyeran.

— ¿Pero... y este cuerpo? ¡No es humano! ¡Lo analizarán y...!

—No analizarán nada. Porque ese cuerpo jamás llegará a manos de nadie, ni lo verá persona alguna que no seamos nosotros dos...

Dolan exclamó:

—Diablo... ¿Y por qué?

—Mírelo usted mismo, Dolan. Ahí tiene la respuesta. ..

Mark lanzó una imprecación violenta. ¡El cuerpo del “sakai”, aquella horrenda forma azulada y glacial... estaba evaporándose!

Un gas tenue, azulado, como el vapor de un trozo de hielo de amoníaco, introducido en agua, subía de la forma, que se disolvía con rapidez increíble, desaparecía ante sus ojos, sin dejar el menor rastro.

Quiso moverse, avanzar hacia la forma. Zoltan lo impidió con mano firme.

—No haga eso — dijo el marciano—. Sólo conseguiría abrasar su piel con el contacto. Un “sakai” debe de existir a la temperatura de doscientos grados bajo cero..., y se evapora con el calor de otro planeta como éste, que tiene tan cerca el sol. Mientras viven, sus defensas naturales les defienden de la evaporación. Seguramente son capaces de crear un vacío magnético en torno suyo, para eludir el impacto del calor. Pero una vez muertos, nada les defiende, y se evaporan.

—Entiendo — Mark inclinó la cabeza, abatido. Separó los ojos de la monstruosa evaporación—. Eso significa que no hay posibilidad de aportar pruebas para convencer a los demás de que realmente están los “sakais” entre nosotros, porque el cuerpo se evapora antes de que nadie sea capaz de verlo. Y por mucho que nos apresuremos, también sufrirá la misma rápida disolución.

Zoltan dijo:

—Sí. Lo mismo. ¿Se da cuenta ahora de lo difícil que va a ser convencer a todos los terrestres del terrible azote que tienen ustedes dentro de su mundo? La invasión de Plutón ha comenzado ya. Posiblemente no sea usted solo quien tiene un “plutoniano mutante” a su lado… y haya miles, millones mezclados entre las gentes que le rodean cotidianamente.

—Es espantoso.

—Sí, espantoso. Hemos vivido ya esa misma tragedia. Fueron años enteros de horror continuado. También puede ocurrir que estén en sus balbuceos del ataque a la Tierra.

—Entonces, ¿por qué precisamente en mi casa uno de “ellos”?

— ¿Por qué estoy yo aquí precisamente, amigo mío? —-sonrió el marciano—. En Marte sabemos que usted es un hombre importante para nuestros proyectos de lucha contra los “sakais”. No olvide usted que ellos son también muy inteligentes… y quizás han llegado a la misma conclusión que nosotros.

Mark Dolan enarcó las cejas, sombrío. Asintió, concluyendo por Zoltan:

—En cuyo caso, estoy sentenciado a morir… o a ser un “sakai”, lo antes posible.

Jahn Zoltan asintió.

—Eso es, amigo mío. Eso es…

CAPÍTULO IV

EL AZOTE



L comandante Hausman contempló fijamente a Mark Dolan. Luego miró de soslayo a su acompañante.

—Por Dios, Dolan, no querrá que dé crédito a todo eso que me cuenta, ¿verdad?

Mark apretó los labios, irritado por la respuesta del comandante.

—No he venido a contarle “Las Mil y Una Noches”, comandante — dijo con aspereza—. Este hombre es un marciano. Y yo he matado a mi perro “Lobo”, que, una vez muerto, se transformó en un ser azul, horripilante. Y posteriormente se evaporó, sin dejar rastro.

Se detuvo, con desaliento. Se daba perfecta cuenta de que la historia parecía una majadería completa. Algo que nadie hubiera pasado a creer, por mucha que fuera la formalidad de quien hablaba.

Hausman se echó a reír. Luego entrelazó sus manos sobre el vientre y comentó:

—Es gracioso y divertido, Dolan. La historia más disparatada que oí jamás. ¿Aspira a ganar el premio de “Convenza a los demás de lo imposible”?

— ¿Eh?— Mark enarcó las cejas, sorprendido—. ¿Qué dice, señor?

—Vamos, vamos, no se haga de nuevas. Usted sabe muy bien lo del flamante concurso de la Mundial-Visión. El tipo que se invente una sarta de disparates y logre convencer a alguien, en forma pública, se entiende, ganará el premio de medio millón de dólares, instituido por la dirección de la Cadena Mundial Televisora. ¿Quiere aumentar la fortuna de su prometida con ese cuento fantástico?

—Yo no sé nada de esa estupidez de la televisión, ni quiero medio millón, ni me he Inventado nada— rugió, exasperado—. ¡Es la verdad, señor! ¡La pura y tremenda verdad! ¡Si no luchamos desesperadamente contra los “sakais” de Plutón, esto será un cataclismo! ¡Todos podemos ser “poseídos”, “reproducidos” por los plutonianos!

Hausman siguió riendo, sin quitar sus ojos de Mark. Éste pareció a punto de estallar, golpeando a su superior. Con gran habilidad, Zoltan se interpuso. Frenó a Mark suavemente, sujetándole por un brazo.

—Vamos, Dolan — dijo con serenidad—. Es inútil, compréndalo...

— ¡Vaya! — rio Hausman, en el colmo de la hilaridad—. Su amigo, el actor, habla muy bien el inglés para ser un marciano que se precie, ¿no cree?

Mark, furioso, se revolvió en la puerta, pese a los esfuerzos de Zoltan:

— ¡Estúpido! ¡Tiene usted en sus manos la posibilidad de salvar al mundo y lo toma a risa!

— ¡Dolan! ¡Alto ahí!—aulló el comandante—. ¡Está arrestado, por faltar al respeto a un superior! ¡No se mueva!

— ¡No tiene autoridad sobre mí, comandante Hausman! ¡Hace varias horas que soy libre! ¡Un simple ciudadano del mundo, que lucha por hacer comprender la verdad a sus semejantes! Pero veo que muchos no merecen siquiera el interés que me tomo por la raza humana...

Salió, cerrando de un portazo. Detrás quedó Hausman, dando gritos irritados, estridentes. Mark y Zoltan se alejaron, por la amplia avenida de Ciudad Centro.

— ¿Se ha dado cuenta?—preguntó el marciano—, Es inútil cuanto intentemos... Nadie va a creerle. Nadie va a aceptar su palabra o la mía. Virtualmente, estamos solos.

— ¿Solos?—Mark se encogió de hombros. De repente, le pareció terriblemente desierta la avenida, la ciudad misma, bajo las estrellas. Luces y sombras jugaban extrañamente tras el fondo metálico y bruñido de la ultramoderna urbe. Las claridades indirectas hacían centellear el blanco cabello de Jahn Zoltan, como hebras de plata—. Sí, creo que sí...

— ¡Dios mío! ¿Es que resulta tan difícil creer nuestra palabra?

—Evidentemente, sí. ¿Qué piensa hacer ahora? ¿Tiene a alguien más a quién recurrir?

—Hay muchos. Pero posiblemente les ocurra lo mismo. No creerán una palabra.

—Sobre todo, con ese programa de televisión tan inoportuno — rio Jahn. Y su risa tenía cierto amargo regusto de decepción—. Supondrán que quiere ganar un premio. No admitirán su palabra. Y, muchísimo menos, la mía.

Mark, con las manos hundidas en los bolsillos, caminó por la ciudad solitaria y silenciosa. Era tarde, muy tarde. Un reloj electrónico marcaba las doce sobre las cúpulas urbanas. A esa hora, en la era moderna, nadie salía de casa. Nadie, salvo un par de locos como ellos, intentando convencer a alguien. ¿Pero a quién?

—Iremos al Mayor Fraser — dijo cansadamente Mark—. Es un buen amigo. Tal vez me dé crédito. Si él falla..., todo fallará.

—Vamos — suspiró Zoltan—. Es preciso probar.

* * *

—Y todo falló.

— ¡Tampoco el Mayor Fraser!—Mark, rabioso, golpeó con los puños el muro metálico, hermético. Se volvió hacia Zoltan—. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué debo intentar para que me crean?

—Imagino que absolutamente nada. Recorreremos todas las

jerarquías terrestres con idéntico resultado. O peor.

— ¿Puede haber algo peor?

—Sí. Pueden tomarle por loco. O pueden considerar ofensivas sus explosiones de ira. En ambos casos, le encerrarían. No me serviría de nada el héroe mundial Mark Dolan, encerrado en una prisión o una clínica mental, ¿se da cuenta?

—Me doy cuenta — jadeó Dolan. Se rehízo. Irguióse. El aire frío de la noche le azotó el rostro. Le hizo algún bien—. Todavía tengo ideas, Zoltan.

—Me alegro. Ideas son lo que nos hace falta.

—Tengo una novia rica. Eso sirve de algo. Puede servir en este caso.

—Adelante. Usted manda, Mark.

Poco después, Dolan pulsaba las teclas numeradas, en un pulsador telefónico. Descolgó el auricular, conectando con la residencia de Saddie Kent. Sonó el llamador varias veces, al otro extremo del hilo. Finalmente, una lucecita roja marcó el principio de la conexión. No era un visófono, sino simplemente teléfono sin visión adjunta. Pocas mujeres querían un objetivo visor ante su rostro cuando estaban en el lecho. El temperamento femenino variaba poco, a lo largo de los años.

— ¿Quien llama? — preguntó una voz somnolienta, irritada.

—Saddie, soy yo.

— ¡Mark! ¡Tú! ¿A estas horas? ¿Qué significa esto?

Dolan dijo:

—Dios quiera que no signifique lo que yo supongo. Pero necesito explicarte algo. ¿Vas a creerme, por absurdo que parezca?

—Lo intentaré. Pero oye, Mark, acabo de oír en el boletín de noticias de última hora, en la televisión, que hay un concurso que...

— ¡Cielos, olvida el concurso!—rogó Mark, implorante—. Y escúchame. Necesito de tu influencia, quizás incluso de tu dinero...

— ¡Mark! Eso sí que suena fantástico en ti ¿Es lo que pedías que te creyera?

—No, Saddie. Esto es sólo el principio. Ahora, espérate unos momentos. No me interrumpas. Y escucha...

Le refirió de un tirón los puntos más importantes de cuanto había sucedido últimamente. Ella cumplió bien. No le detuvo un solo instante. Al final del relato, su voz sonó suavemente:

— ¿Eso es todo?

— ¿Te parece poco? — gruñó Mark.

—La verdad es que es bastante. Sin embargo, me has pedido que

te crea. Suponte que es así. ¿Qué debo hacer por ti, Mark, querido?

—Concederme un crédito urgente. Te devolveré todo, hasta el último céntimo. Yo no dispongo de, medios para comprar la primera página de cada diario…

— ¡Mark! No hables de devolverme dinero. Pero ¿por qué quieres utilizar los periódicos? ¿Qué te propones?

—Romper la barrera de incredulidad de las gentes. No necesitas darme dinero en efectivo, por supuesto. Bastará que llames a las redacciones y digas que me atiendan. Yo haré el resto.

—Está bien. Mark. Lo haré, aunque creo que cometes una locura. Sí dices todo eso en los diarios, se producirá un movimiento de terror colectivo, nada beneficioso. Y me pregunto yo: ¿lograrás lo que te propones? ¿Tomarán en serio tu advertencia?

—Estoy convencido de que es el único camino para advertir al mundo. Por eso lo hago.

—De acuerdo. Puedes avisar a los periódicos y enviar tu reportaje. Todo estará arreglado.

—Gracias, cariño. Nos veremos mañana.

—Suponiendo que los invasores planetarios permitan que exista ese mañana — rio Saddie, con humorismo—. Adiós, cariño. Eres encantador.

Mark colgó, con la desagradable sensación de que tampoco Saddie le tomaba en serio. Después de todo, acaso tuvieran razón los demás. ¿Por qué habían de creer su grotesca historia? Era un disparate del principio al fin.

Salió de la cabina. Jahn Zoltan le esperaba, anhelante.

—Algo tenemos ya —dijo Mark roncamente—. Esperemos que baste…

* * *

“¡PLUTÓN INVADIRA LA TIERRA! ¡TODOS LOS HOMBRES DEBEN AFRONTAR EL PELIGRO! ¡UN MARCIANO ENTRE NOSOTROS, PARA ADVERTIRNOS DEL AZOTE QUE NOS AMENAZA! ¡MARK DOLAN HA MATADO AL PRIMERO DE LOS INVASORES, TRANSFORMADO EN PERRO!”

Seguía una crónica amplia, publicada a toda plana, con grandes caracteres. Mark, desalentado, arrojó todas las ediciones matutinas sobre la mesa de su gabinete. Jahn Zoltan estudió los ejemplares. Luego, levantó sus ojos hacia Mark,

— ¿No era esto lo que buscaba, Mark? ¿Por qué se desalienta de ese modo?

—Porque es desastroso — gimió el joven—. Nadie puede tomarse eso en serio. Yo no lo haría, si fuese un lector más del periódico. ¡Es horrible!

Sonó el teléfono. Se miraron ambos, con repentina curiosidad. Mark, rápido, estiró la mano, aferró el auricular y lo llevó a su oído.

— ¿Dígame?—interrogó vivamente—. Aquí Mark Dolan...

Escuchó un momento. Jahn Zoltan observó su expresión de ira cuando colgó el aparato, de un violento golpe. Reinó un breve silencio. El marciano no preguntó nada.

Mark le explicó con furia contenida:

—Era la Cadena de Mundial-Visión... ¡He ganado el premio de "Convenza a los demás de lo imposible"!

Zoltan lo encontró gracioso, a pesar de las tensas circunstancias, rio entre dientes.

—Tiene su gracia, Mark — declaró—, Pero comprendo que es desesperante encontrar ese escepticismo Nuestro pueblo es diferente. Cree a ciegas, si alguien responsable dice una cosa así, por absurda que sea.

Dolan dijo:

—Nosotros necesitaremos diez mil años más para llegar a ese grado de comprensión y credulidad. El mundo está perdido, si todo sigue así...

—Seguirá, Dolan. Todo ha sido inútil, dese cuenta. Sólo nos queda un camino: luchar solos, por nuestros propios medios. Y luchar duro. Muy duro...

Mark Dolan asintió. Luego, preguntó a su amigo de otro planeta:

— ¿Sabe usted por dónde empezar, Zoltan? Yo no tengo la menor idea...

—Tal vez sí. Por lo menos, lo intentaremos...

La luz del laboratorio caía crudamente sobre ellos. Los mecanismos se iban engranando, uniéndose en un acoplamiento perfecto, bajo las diestras manos de Jahn Zoltan.

Mark le veía hacer, ayudándole en la medida de sus conocimientos. El menudo hombre cobrizo de pelo blanco respiró satisfecho, al terminar la tarea. Depositó la pieza obtenida sobre la mesa. Luego miró a Mark.

—Creo que está logrado — declaró—. El ultra-detector reacciona a las radiaciones frías de los "sakais", a una determinada distancia. Y su contador de emergencia se ilumina, cuando esa distancia es inferior a quince o veinte metros. Ya vio que era así en el caso de su perro "Lobo". Aquí tiene otro detector. Lo he logrado, pese a que el material

terrestre es muy inferior al marciano. Ahora, trabajaremos juntos, tratando de localizar a los invasores.

Y recuerde lo que le dije: ¡dispare en el acto sobre cualquiera que haga reaccionar su detector! Ya se habrá dado cuenta de que nunca hay error…

Mark tomó la delicada obra mecánica de Zoltan. La estudió en silencio. Levantando la cabeza, añadió luego:

—Ayer, era yo un hombre dispuesto a vivir tranquilo, a casarme y abandonar las aventuras de mi vida anterior. Ahora, resulta que estoy embarcado en la más extraña y sorprendente de todas.

—Puede dejarla, si quiere —le recordó Zoltan—. Yo sólo he venido a ayudarles. Pero, posiblemente, la lucha de nosotros dos sea totalmente inútil. ¿Por qué no lo deja todo y, vuelve junto a su prometida?

— ¿Para qué? ¿Para casarme y ver luego en peligro mi vida, la de mi esposa, e incluso la de mis hijos, si les dan tiempo a nacer? Hasta ahora, las cosas eran de una manera muy diferente. Pero hoy existe un peligro real, aunque nadie quiera oír hablar de él. La amenaza está sobre nosotros, puede caer en cualquier momento, o ha caído ya sobre la Humanidad, con toda su virulencia. Podría estar paseando por las calles, entre miles, entre millones de “sakais”, sin saber que lo son. No, no, prefiero luchar, prefiero intentarlo todo…, aunque todo fracase.

Zoltan sonrió. Parecía satisfecho por las palabras de Mark.

—Es un muchacho muy decidido, Mark. Me agrada luchar junto a usted. ¿Sabe lo que empiezo a creer? Que la gente de la Tierra es magnífica. Los “sakais” no creo que venciesen, si TODOS los terrestres “supieran”, “creyeran” su presencia aquí, y unieran sus esfuerzos contra ellos. Son una raza magnífica. Astuta, resuelta y llena de inteligencia y fe. Pero falta convencerles, mostrarles esas pruebas… Mark, podemos destruir a cientos, a miles de “ellos”, y volverán a crecer como vegetales malignos. Sería preciso tener pruebas.

— ¿Pruebas? Las únicas pruebas son los cuerpos de los “plutonianos”. ¿Y cómo conservarlos? ¿Cómo obtenerlos?

—Sí, es cierto. Resulta todo un problema insoluble…

— ¡Un momento!—un súbito brillo de lucidez asomó a los ojos de Mark—-. ¡Creo que tengo la idea! Escuche, Zoltan…

Comenzó a referirle algo. El marciano escuchó en silencio. AI final, esbozó una sonrisa. Inclinó la cabeza, preguntando:

— ¿Cree que eso será posible?

—Lo será…, aunque hemos de obrar rápidamente. ¡Muy

rápidamente!

Zoltan afirmó:

—Sobre todo, eso, Mark. ¡Mucha rapidez en la acción! No debemos darles tiempo a pensar..., a reaccionar..., a defenderse siquiera...

—Usted irá trabajando en el resto del plan — dijo Mark—. Yo avisaré a la persona que habrá de llevarnos mañana hasta el Consejo Supremo del Gobierno Central. Es alguien que tiene medios de abrirnos esas difíciles puertas... ¡y entonces todo será posible!

—Dios le oiga, Mark — musitó el marciano —. ¿No llaman ustedes así al Creador del Universo?

—Sí, Zoltan. Aquel que nos creó a todos... tal vez escuche esta vez nuestra plegaria...

CAPÍTULO V

OPERACIÓN “SAKAI”



ARK, por favor! ¡Llevo todo el día esperando verte! — gimió Saddie Kent —. ¿Qué te, ocurre? ¿Es que te parece poco ser propietario ya de medio millón de dólares y poder competir conmigo en fortuna?

—No bromees, Saddie. Ese dinero no me pertenece.

Saddie exclamó:

— ¡Claro que sí! ¡Has ganado en buena ley!

—Sabes que, si ha sido publicada esa noticia, fue por tu dinero. Y no es una mentira ni una participación en un concurso. ¡Es la pura Verdad! “¡Es lo que está sucediendo!”

—Por favor, Mark, deja de decir todas esas cosas horribles y escúchame. Ahora, en serio: ¿cuándo piensas venir a recogerme? ¿O tendré que, ir yo a tu casa?

—Saddie, lo lamento de veras. Pero no iré hoy. Alguien tiene que hacer algo..., ¡y ese alguien parece que tengo que, ser yo!

Colgó el teléfono. Cerró la cabina, volviéndose a Jahn Zoltan, que estaba junto a él, con el envoltorio de negro hule.

—Todo listo, Jahn — musitó—. Vamos ahora. No nos entretengamos más.

El marciano afirmó. Ambos echaron a andar. Se alejaron del centro urbano. Estaba anocheciendo, las estrellas comenzaban a titilar ya en las alturas. Dentro de escaso margen de tiempo se reunía el Consejo Supremo. Tenían que apresurarse. Y mucho.

—Ésa es una factoría del Estado — susurró Mark, señalando una forma oscura y alargada, en la penumbra azul de la noche—. Si lo que imaginamos es cierto, ahí dentro tiene que haber “sakais”. Vamos, Jahn… Muy despacio.

— ¿Usted sabe cómo entrar ahí?

—Claro. Entraremos por mis propios medios — rio Dolan entre dientes—. No va a hacerlo usted todo.

El marciano rio también, siguiendo a Mark en su sigiloso deslizamiento hacia las cercas electrificadas, que rodeaban la factoría estatal. Los dos amigos de diferentes planetas, unidos por un común afán en la lucha, parecían dos antiguos pieles rojas, los principios de la nación americana, rastreando entre la hierba suave, ondulada, que el Estado obligaba a cultivar en todo terreno improductivo o en desuso. Así, en la Tierra del año 2000 lo que no era práctico, era por lo menos bello.

—Son eléctricas — dijo Jahn Zoltan, apoyando una mano en el hombro de Mark —. ¿Hay medio de cruzarlas sin provocar la alarma o electrocutarnos en ellas?

—Sí. Lo hay. Sígame, Zoltan, y lo verá.

Cuando estaban ya a dos o tres yardas de la alambrada, Mark extrajo un objeto pequeño y metálico, en forma de tijeras, con los filos de una materia negra, refractaria a toda corriente eléctrica. Empezó a escarbar en tierra. Por fin, encontró un cordón verde, sepultado en la tierra, a cosa de veinte o treinta centímetros de profundidad. Lo cortó de un tajo. No sucedió nada. Las luces difusas del campo siguieron brillando; los centinelas continuaron su ronda, recortando sus siluetas contra el cielo.

Pero Mark sabía que ahora ya no circulaba fluido alguno por las alambradas. Era un buen conocedor de sus propios sistemas. Después de todo, él había actuado en muchos lugares como aquél. Y nadie mejor que el propio experto en trucos de seguridad, para atentar contra esa propia seguridad.

—Adelante—dijo—. Ya no hay peligro.

Alcanzaron un punto en sombras de la alambrada. Lo escalaron en breves segundos. Saltaron al lado opuesto. Se movieron como sierpes en la sombra, hacia un centinela armado. No hacían el menor ruido.

El detector de Jahn se puso en funcionamiento la varilla vibrátil apuntó hacia aquel centinela,

Tras un leve instante, la luz de su extremo comenzó a parpadear. Y la de emergencia también.

No hizo falta más. Mark alzó su pistola provista de cilindro silenciador y de peine de cartuchos de ametralladora. Vació tres proyectiles silenciosos sobre el centinela armado.

Por un momento, una dolorosa contracción de estómago le asaltó, mientras el centinela caía, doblándose sobre sí mismo. Podía ser un crimen. Un horrible asesinato el que estaba cometiendo, si el centinela era un ser humano.

Pero el detector no fracasaba. Unos segundos más tarde, en las sombras, yacía un cuerpo amorfo y horrible, que humeaba vapor helado, al descomponerse en simple humo...

— ¡Dios mío!—susurró Mark—, Eso quiere decir que toda la base...

—...es una base "sakai" — añadió Jahn con tono sordo—. Centinelas, soldados, técnicos... ¡Todos! ¿Se da cuenta de lo terrible que es todo esto, Mark?

—Cielos, claro que me doy cuenta... Vamos, hay que terminar con todos los que podamos. Más tarde realizaremos la segunda parte del proyecto. Si pudiéramos aniquilar a todos...

—Al menos, trataremos de lograrlo. No significará mucho, en una invasión total. Pero siempre será algo. Lo realmente importante es convencer a las jerarquías terrestres de lo que está sucediendo. Ése sería nuestro mayor triunfo. Pero... ¿será posible?

Mark no contestó. Se movía ya, siempre silencioso, reptante, sutil..., hacia otros puntos de la factoría del Estado. Y el marciano tras él, arrastrando el misterioso envoltorio negro. Con una pistola igual a la de Mark en su mano derecha, dispuesto a disparar.

Llegaron hasta el edificio central, algo alejado de los demás pabellones del lugar. Allí dentro dormían los miembros de la Base. El silencio era absoluto. La idea de que cada nave, casi siempre habilitada para una docena de individuos, pudiese albergar a diez o doce invasores de Plutón provocó náuseas a Mark. El recuerdo de su forma nauseabunda, de su aspecto viscoso y helado, era demasiado repulsivo, demasiado fuerte para él.

Había otro guardián armado ante el porche del edificio. Pero dormitaba a la sombra. ¿Dormiría realmente? Nada más pensarlo, llegó la respuesta de Jahn, que tan formidable telépata era:

—Sí, duermen, como usted o como yo. Al adoptar la forma humana, obtienen también sus fuerzas y sus flaquezas por un igual. Reposan durmiendo, como usted mismo, como los marcianos. Sólo en Plutón no duermen. En su forma original, el sueño sería en, ellos un sopor, una forma de narcótico... o quizá de muerte, no sé.

Mark asintió. Eso les daba ciertas ventajas. Las mismas que

tendrían frente a enemigos de la raza humana. Sólo que esta vez no eran humanos. Eran horribles, heladas bestias inteligentes de Plutón. Invasores de mundos, movidos por una crueldad y avidez implacables…

También sabría él ser implacable. Lo estaba siendo ya.

Antes de disparar sobre el centinela, le aplicó muy cerca el ultradetector, No era capaz de disparar sin estar completamente convencido. No quería ser un asesino.

La luz comenzó a parpadear. Y sin duda el sueño de los "sakais" era muy ligero cuando dormían como hombres, porque el centinela se incorporó violentamente, aturdido. Dilató sus ojos, abrió su boca para gritar. Y un sólo grito podía estropearlo todo en un instante…

Mark le hincó los proyectiles en la boca, la garganta y el cuerpo. Sus cuerdas vocales rotas, su boca destrozada, le impidieron gritar. El resto de proyectiles le destrozó, abatiéndole de bruces sobre el pavimento.

Rápido, el marciano Zoltan había dejado su envoltorio, apresurándose a evitar una caída violenta, que hubiera producido ruido. Blandamente, lo dejó en tierra. Allí comenzó a "mutarse" de nuevo, en la horrenda forma fría y azul, de la que se levantó en seguida el vapor helado.

Mark ya avanzaba hacia la puerta de la edificación. La abrió de un empellón brutal. La hoja cedió a su impulso. Enmarcó unos instantes a Mark y a Zoltan, ambos pistola en ristre, apuntando al oscuro interior.

Las formas vivientes se movieron* en las literas. Los hombres de la Base se abalanzaron sobre sus armas. Sonaron gritos, imprecaciones. Pero Mark sabía que no iba a matar a ningún inocente. Si centinelas y demás miembros de la factoría eran invasores metamorfoseados, no podía haber ningún ser humano sin contaminar.

Barrieron la estancia a balazos. Sus armas electrónicas vomitaron proyectiles mortíferos con rabiosa trepidación. Unos y otros caían en confusión espantosa. Cuerpos y cuerpos besaban el suelo, en dramática siega de vidas.

Solamente cuando quedaban dos en pie y las armas de los dos combatientes iban hacia ellos, uno chilló:

— ¡Duro, amigos, acabad con ése! ¡Es un invasor, como los demás! ¡Todos son "sakais"! ¡Gracias, Dios mío, que me habéis libertado!

El acusado rugió algo feroz, virulento, y trató de agredir al otro, antes que a Mark y al propio Zoltan. Fue el terrestre quien le cosió a balazos, dejándole incrustado en un muro, salpicado de sangre. Nada

más tocar el suelo, empezó la metamorfosis.

El único superviviente del grupo aniquilado se acercó a ellos, jadeante. Aferró el brazo de Mark con energías. Su rostro reflejaba enorme gratitud… y la luz de una liberación ya no esperada.

— ¡Gracias, gracias…! ¡Oh, amigos! — musitó ¡Era horrible verse rodeado de esa gente…! ¡Son seres de otro planeta, “ocuparon” materialmente a todos mis compañeros…! ¡Soy el cabo Mulder…, subjefe del grupo! El que habéis matado fue el sargento Stewart, antes de este horror…

— ¿Cómo pudo librarse usted, cabo?—preguntó curiosamente Mark.

—Ni siquiera yo mismo lo sé. Tal vez tenían otros pensamientos respecto a mí. Me vigilaban mucho, extremaban sus precauciones en torno mío, para impedir que escapara o avisase a nadie. Tienen controlado todo, absolutamente todo, dentro de esta base. Teléfonos, radio, telegrafía… Y hay más. Muchas más bases en el mundo, dominadas ya por los “sakais” de Plutón… ¡Es una invasión espantosa!

—Lo sabemos, cabo Mulder — asintió Mark —. Este hombre que me acompaña es un ser de Marte, unido a nosotros en la lucha contra Plutón. Estamos intentando destrozar la operación “sakai” contra la Tierra…

—«¡Dios sea loado! Espero que lo consigan…

—Veremos si hay suerte. ¿Hay muchos centinelas aún en este lugar?

—Dos o tres en los almacenes y cobertizos. La mayor fuerza estaba aquí—'miró con ojos dilatados de terror la nube de vapor azul, que congelaba el ambiente del lugar, dándole un aire de pesadilla, de alucinante irrealidad—. ¡Y ya ven si han acabado fácilmente con ella!

Salieron al porche. A la claridad de una de las luces distantes, el cabo Mulder contempló a Mark con asombro. Entonces se vieron claramente los rostros. El militar masculló:

— ¡Cielos, usted es Mark Dolan!

—Sí, cabo — asintió Mark gravemente —. Nos hemos visto antes de ahora, ciertamente… Pero entonces las circunstancias eran muy diferentes.

Mulder asintió. Detrás, Zoltan no decía una sola palabra. Siempre con el envoltorio negro a cuestas, y la pistola a medio vaciar, seguía a Mark y al cabo, sin expresión en su hierático rostro. Los blancos cabellos le caían en mechón revuelto sobre la amplia frente.

Pegados al muro del largo edificio central, avanzaron hacia los cobertizos destinados a almacenes de material de primera necesidad

militar. Mark observó la presencia de los dos centinelas que hacían ronda ante las edificaciones. Miró a Mulder. El cabo asintió:

—Son los que quedan — silabeó—. No hay nadie más...

—Vamos allá — dijo roncamente Mark—. Estoy deseando terminar esto. Cuando el asunto esté en manos de los superiores, de quienes deben y pueden dictar disposiciones tajantes y organizar la lucha total, dejaré por completo el caso. Yo no pertenezco ya al Gobierno, a fin de cuentas.

—Pero pertenece a su propio mundo, Mark — le recordó Jahn Zoltan con voz grave—. No olvide eso...

Sin responder, Mark se movió en derechura hacia los centinelas armados. Éstos seguían sus pasos, impasibles, ajenos al peligro que se les venía encima. El detector de Mark en su mano zurda, osciló con parpadeos luminosos rápidos. Lo guardó.

—Lo son. Vamos a terminar con esto...

Levantó la pistola. Iba a disparar. En ese mismo instante sucedió algo. Un grito agudo, espeluznante, sacudió todo el campamento alambrado. Fue un chillido que hizo revolverse a los centinelas, alarmados. Los fusiles se pusieron horizontales. Eran armas automáticas, de proyectiles nucleares, que destruirían a Mark, a Zoltan y al cabo Mulder, en cuanto empezaran a vomitar piezas atómicas explosivas sobre ellos.

Mark, sorprendido, se lanzó a tierra, al tiempo que una sombra amenazadora caía sobre él. Fue todo tan imprevisto que, de repente, la situación favorable había pasado a ser sumamente crítica. A la desesperada, disparó sobre los centinelas “sakai”. Falló una bala. Pero la otra voló a la cabeza del segundo guardián. Éste soltó su arma y rodó de bruces.

Jahn Zoltan, hizo el resto. Había hecho fuego sobre el guardián primero, en cuanto advirtió el fallo del proyectil de Mark. Le alcanzó en el vientre, y le dobló, con la potencia abrasadora de la pieza eléctrico explosiva. Un segundo proyectil le abatió redondo en tierra.

Pero la figura amenazadora que caía sobre, Mark alzaba ya su propia pistola, para barrer a tiros al joven terrestre. Rápido, Zoltan apretó el gatillo de su arma nuevamente.

La pistola electrónica llameó. Un trallazo azul, silencioso, alcanzó al atacante inesperado de Mark, cuando ya uno de los almacenes se abría, vomitando a tres hombres armados, ante los que el detector de Zoltan parpadeó rabiosamente.

Dolan vio caer junto a él a su inesperado enemigo. Le vio agonizar, y, rápidamente, empezar a disolverse, cuando se transformó en un repugnante “sakai”.

— ¡Dios santo! —susurró Mark Dolan, estremecido—. ¡El cabo Mulder era uno de ellos!

—Claro que lo era — dijo Zoltan con sangre fría, lentamente—. Lo sospeché en seguida. Me hacía falta comprobarlo. Cuando dirigió usted su detector a los centinelas, yo dirigí el mío a Mulder. Reaccionó positivamente, con gran fuerza.

Mark asentía, mientras escuchaba a Jahn. Pero las palabras del marciano eran pronunciadas en medio de una granizada de proyectiles eléctricos sobre los tres guardianes de quienes Mulder no hablara, al fingirse terrestre y normal. Cayeron loa enemigos, bajo el tiroteo. Mark tumbó a dos de ellos, y todavía llegó Jahn a tiempo de acabar con el último.

— ¡Vamos, ahora hay que obtener las pruebas!— dijo el marciano, corriendo hacia los muertos—. ¡Creo que son los últimos adversarios!

Mark le siguió. Soltaron el envoltorio negro, cuando ya se metamorfoseaban los cuerpos de los seres muertos. De él extrajo Zoltan dos pares de guantes refractarios al calor y el frío, de superamianto. Los calzaron rápidamente ambos.

Luego, del resto del envoltorio salió una caja rectangular, de metal, herméticamente cerrada, en la que zumbaba tenue, casi imperceptiblemente, un motor silencioso y potentísimo.

Mark la abrió, oprimiendo un doble resorte potentísimo de seguridad. Se alzó la tapa. Una vaharada intensísima de frío les hizo estremecer. Los muros metálicos de la caja, en su interior, aparecían recubiertos de una densa costra de hielo. La temperatura allí dentro era terriblemente helada.

Las manos enguantadas de Mark y de Zoltan, obraron con rapidez, pese a que la masa viscosa de los “sakais” o “plutonianos”, en forma primitiva, era resbaladiza y babosa como la de una anguila o el cuerpo de un reptil.

Oprimiendo los cuerpos que empezaban a derretirse en forma de vapor azul, los lanzaron al interior de la caja. Solamente cabían dos. Luego, los resortes se cerraron por sí solos al transcurrir los segundos que marcaba su mecanismo. Quedaron dentro los cuerpos aprisionados, a la temperatura que imaginaban reinaría en Plutón.

Era algo puramente experimental. Pero Mark confiaba en el éxito.

Jadeando, apoyó las manos, húmedas y pegajosas por el contacto con las bestias informes, en la superficie de la caja metálica del frigorífico.

—Ya está— susurró.— Si no se derriten ahora... tendremos la prueba definitiva.

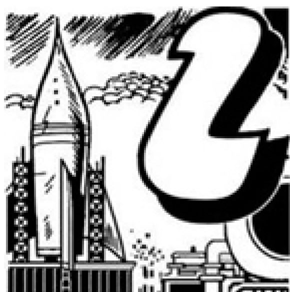
Zoltan asintió, tomando aliento también tras la hazaña de eliminar, ellos solos, a todo un destacamento enemigo. En torno suyo, la factoría del Estado era un lugar silencioso, lúgubre y oscuro, como un cementerio…

— ¿Llegaremos a tiempo, Dolan? — interrogó, echando a andar con dificultades, dado el peso de la caja con su siniestro contenido de ahora.

—Sí. El Gran Consejo del Gobierno Central de la Tierra debe de haber comenzado ahora. Estarán reunidos durante tres horas en el Salón Rojo del Gobierno. Tenemos que apresurarnos. Pero llegaremos a tiempo. ¡Y ahora no tendrán otro remedio que creer en nosotros!

CAPÍTULO VI

PRUEBAS ANTE EL CONSEJO



A bella agente del Servicio Secreto del Espacio Jane Moore, hizo un rápido gesto de silencio a Mark Dolan y a su extraño compañero interplanetario.

—No hagáis ruido—aconsejó—. Están reunidos los miembros en el Salón Rojo. Pero conviene que nadie sepa de antemano lo que nos proponemos, o nunca entraríais ahí.

—Gracias por todo, Jane —musitó Mark—. Eres una chica excelente.

—Procuro ayudarte, Mark, ya que me lo pides—sonrió Jane —. Siempre hemos sido buenos camaradas en el Servicio Secreto, ¿recuerdas?

—Sí, Jane... Esas cosas no es fácil olvidarlas...— contempló la puerta del Salón Rojo, herméticamente cerrada y vigilada por dos guardianes armados de pistolas, dos miembros de la Guardia de Seguridad del Estado, con sus vistosos uniformes blancos, sus distintivos escarlata, y sus boinas azules, con galón de plata —. Por ahí no será posible entrar, o haríamos demasiado ruido, ¿no crees, Jane?

—Sospecho que sí —rio ella—. Yo tengo otra idea mucho mejor, o no os hubiera hecho venir. Hay una puerta que pocos conocen, aparte los propios miembros del Consejo. Pero un agente especial debe saber esa y otras muchas cosas estrictamente confidenciales. Forma parte de nuestro oficio.

—Yo he sido agente, y no la conozco — dijo Mark.

—Tú te has ocupado siempre de otras cuestiones. Tú conoces otros trucos, pero yo he estado muchas veces cumpliendo alguna misión en estos mismos salones. No me olvido fácilmente de sus entradas secretas.

—Dios quiera que sea así.

—Así será — contempló el envoltorio de metal. Se estremeció, aprensiva—. ¿Hay... hay algo ahí dentro?

—Si. Hay algo, Jane.

— ¿Las... las pruebas?

—Eso es. Convencerán al Gran Consejo, si no se han evaporado durante el trayecto.

— ¿Y si se hubieran evaporado?

—Sería un contratiempo terrible: Pero procuraríamos conseguirlas en otra ocasión. Si esto falla, habrá otro sistema. Además, está mi propia voz, para presentar el caso ante el Gran Consejo. ¡Por lo menos, me oirán!

— ¿Y si no te creen?

—Entonces....—extendió sus brazos, en gesto elocuente—. Entonces, Jane, todo estaría definitivamente perdido. Tenemos a los “sakais” aquí dentro. Por todas partes, invadiéndolo todo. Acaso en plena calle, de cada cien personas que vemos, noventa y ocho sean “plutonianos” convertidos en humanos. Falsos humanos sin alma, sin sensibilidad. Fríos y despiadados enemigos de la raza humana, feroces invasores, que anhelan esclavizar al mundo, como habrán esclavizado ya a otros muchos planetas de nuestro Sistema Solar... y quizá de otros Sistemas.

—Entiendo, Mark...—Jane suspiró, inclinando la cabeza—. Todos podemos ser “sakais”...

Rápido, Jahn Zoltan apuntó su detector hacia ella. La luz no se alteró. El marciano sonrió, apagando el detector, ante la extrañeza de la joven agente especial.

—Podemos serlo — declaró. — Pero usted NO LO ES, señorita Jane. Eso me tranquiliza un poco.

— ¿No se fía de nadie?

—De nadie. Absolutamente de nadie. Mark le dirá por qué.

—Sí, Jane. Esos “plutonianos” son terribles. Y saben engañar maravillosamen-te. Cuando se ven en peligro de perecer todos, sacrifican a los demás, y éstos fingen realmente que quien les acusa o ataca es un verdadero terrestre. Así, mueren convencidos de que el superviviente cuidará de seguir el juego adelante. Es un fanatismo brutal, una ciega decisión de atacar, de destruir, a costa de lo que sea, incluso de su propia vida... Pueden engañar a cualquiera, pueden pensar como seres normales. Solamente el utradetector de Jahn puede localizar la presencia de los “sakais".

—Ya veo —Jane miró con profunda, viva simpatía a Zoltan—. De no ser por nuestro amigo, el marciano, ¿qué sería ahora de nosotros?

—Hubiéramos sido víctimas de los “plutonianos”, sin la menor posibilidad de defensa, sin una sola oportunidad de luchar. Hubiésemos perecido sin saber siquiera lo que ocurría...

—Gracias por todo, Zoltan — Jane, impulsiva, se acercó al marciano. Besó su frente son suavidad, y Zoltan la miró con sorpresa y emoción—. Es usted un gran muchacho... y la Tierra tendrá que estarle alguna vez agradecida por su nobleza y desinterés. ¿Por qué ha venido a avisarnos, a luchar a nuestro lado? ¿Por qué, Zoltan?

—Verá, señorita Jane. En nuestro planeta no somos agresivos ni invasores, como durante tantos años se ha imaginado en la Tierra que podríamos ser, en el caso de existir. Deseamos la paz, la armonía entre los seres de la Creación. Pero los “sakais” nos demostraron que de otros espacios puede llegar siempre aquel peligro que destruya todas nuestras mayores ilusiones. Por eso hemos luchado. Feroz, violenta, despiadadamente, hasta echar de nuestro planeta a los seres que pretendían invadirlo. Lo que allí conseguimos, puede no lograrse en la Tierra, mientras las gentes no se unan en la lucha y acepten la realidad tal como es, por inverosímil que parezca.

— ¿Y usted ha venido a laborar por esa solidaridad humana, pese a que nada le va en ella?

—Yo he obedecido órdenes. Las órdenes eran ayudar a la Tierra, advertir a los hombres de lo que nuestros observadores del espacio han descubierto. Lo mismo que Mark aquí, yo he dejado a la muchacha de mis sueños allí. Los marcianos sabemos también lo que es amar, somos una raza sensible... y Aurea es hermosa.

— ¿Aurea? ¡Qué bellísimo nombre tiene!

—Es muy hermosa... como marciana, naturalmente. Espero que pronto pueda volver a su lado, para unir mi vida a la suya. No nos diferenciamos tanto del hombre, como se había supuesto. Nuestros observadores han interceptado visiones muy divertidas de los marcianos, tal y como nos imaginaban ustedes. Como pulpos, como

hombrecillos-insectos, con antenas, como raros seres con enorme cabeza, como reptiles y un sinfín de cosas más.

—Ya veo. Nos tendrá que perdonar muchas cosas, ¿verdad, Zoltan?

—Oh, no tienen importancia — rio Jahn—. Lo importante es vencer. Para eso he venido. Por nosotros, por ustedes, por la armonía y paz de los mundos, debemos laborar todos. Ustedes no han logrado hasta ahora el enlace estelar con Marte. Nosotros no lo hemos intentado siquiera, salvo en las expediciones esporádicas de "platillos volantes", en simple plan de estudio y observación.

—Es una hermosa decisión la suya — suspiró Jane. Luego miró hacia la puerta, algo lejana de ellos, pero visible al fondo del corredor —. Venid conmigo ahora. Vamos a intentar la intrusión en el

Gran Consejo…, ¡y que sea lo que Dios quiera! Es posible que esto me cueste mi puesto, Mark.

—No te preocupes. Si sale bien todo, tendrás algo más que tu puesto. El mundo te deberá mucho entonces… y yo cuidaré de que te salden la deuda.

—No aspiro a otra cosa que ser útil a mi mundo. Mark, que es mi patria grande. Eso será suficiente para sentirme por siempre feliz…

Mark palmeó suave, cariñosamente su mejilla.

—Buena chica — comentó con dulzura—. Eres maravillosa, Jane…

Echó a andar en dirección opuesta a la entrada al Consejo. No advirtió la mirada profunda, amarga y dolida de Jane, al seguirle con sus intensos ojos oscuros.

El que sí lo observó fue Jahn Zoltan, el marciano. No dijo nada. Sonrió para sí, siguiendo a los dos terrestres, sin soltar la caja envuelta en hule negro. Las pruebas decisivas para presentar al Gran Consejo.

La última y decisiva oportunidad de revelar la verdad al mundo en peligro…

* * *

Todos los rostros se volvieron con enorme estupor.

Fue como una herradura de expresiones atónitas y sorprendidas, cuando el semicírculo de uniform.es azules, de gorras blancas con distintivos de alta jerarquía, giró hacia la puerta posterior, simulada entre les dos enormes estrados destinados a los miembros del Gran Consejo del Gobierno Central.

— ¿Eh?—aulló el presidente de la Asamblea, señalando hacia allá —. ¿Qué significa eso? ¡Prendan a los osados que perturban al Gran

Consejo en deliberación!

Dos soldados armados se movieron hacia la puerta, para obedecer. Mark Dolan, erguido en la entrada, alzó una mano enérgica, y su voz se alzó, potente, gritando con energía, que hizo retumbar en ecos profundos sus palabras allá arriba, en la amplia bóveda:

— ¡Alto todos, miembros del Consejo! ¡Yo, Mark Dolan héroe terrestre en cien misiones peligrosas, yo que os he ayudado a obtener triunfos claros para mantener la ley y el orden en el espacio, sin pedir jamás nada, os pido ahora, por vez primera, que me escuchéis y atendáis…! ¡Os pido silencio y paciencia durante sólo diez minutos! ¡Quiero mostraros las pruebas más terribles que jamás existieron, demostrándoos a vosotros, representación de la Tierra y de su autoridad, que estamos sufriendo la más espantosa y terrorífica de las invasiones interplanetarias!

El parlamento vibrante, vigoroso y audaz, tuvo la virtud de detener a los soldados, sin saber éstos qué hacer. Mark avanzó lento, solemne. Tras él, lo hizo Jahn Zoltan, con su envoltorio negro. Los ojos purpúreos otearon la vasta sala, siguiendo la hilera semicircular de rostros inexpresivos y duros, los hombres del Gran Consejo, que esperaban la explicación a aquella dramática, imprevista Intromisión.

El propio presidente del Gran Consejo, doctor Franz Klauwer, se irguió solemne, muy despacio. Señaló a Mark con un dedo enérgico, firme.

—Venga acá, Dolan —invitó—. El Gran Consejo, excepcionalmente, escuchará cuanto tenga usted que revelarle. Pero le advierto que un engaño o una falsedad por su parte, implicará el encarcelamiento inmediato, por desacato al supremo poder del planeta.

—Así lo he entendido antes de dar este paso, señores—declaró fríamente Mark, avanzando sin temor, como un pigmeo en la gran sala, cercado por los hombres hostiles y duros del Gran Consejo—. Y, a pesar de ello, no he vacilado un solo instante en acudir a ustedes, máxima representación de la ley humana en nuestro mundo…

Reinó un silencio, sólo quebrado por los pasos de Mark Dolan, llegando ya ante el estrado principal del Consejo. Sus zapatos resonaban huecamente sobre el bruñido suelo rojo del salón.

Detrás, suyo, Jahn Zoltan se mantuvo erguido, más próximo a la puerta, con su envoltorio a los pies, pendiente del éxito de las palabras osadas de su compañero Dolan.

—Adelante, Dolan — invitó el doctor Klauwer, volviendo a ocupar su rojo, tapizado asiento en la presidencia suprema—. Ya puede hablar. Todos le estamos escuchando…

Mark respiró con fuerza. Ahora empezaba lo realmente difícil.

Y habló.

Habló como nunca lo hiciera. Recurrió a toda su persuasión, a sus facultades oratorias, que eran muchas. Suficientes, al parecer, para mantener como fascinado al alto tribunal de la nación, pendiente de su voz, de sus gestos y ademanes, de la elocuencia Cíe sus argumentos...

Expuso todos y cada uno de los sucesos que se habían desarrollado hasta entonces, a partir de la asombrosa visita del marciano Jahn a su casa de las colinas. Lo abarcó todo, sin omitir cosa alguna. El Consejo no le interrumpió en ningún momento. Fue escuchado atenta, silenciosamente, en medio de una dramática y tensa atención.

Por último, volviéndose a Zoltan, Mark señaló el envoltorio, y concluyó, con su misma poderosa, persuasiva voz dominadora:

—Y ahí, en esa cámara frigorífica especial, mantenida a una temperatura de doscientos grados bajo cero, se conservan los cuerpos viscosos, repulsivos y horrendos, de los dos "sakais" capturados en la factoría del Estado inmediata a la ciudad. Todos los demás cayeron allí, pero sus cuerpos se han evaporado. Éstos, sin embargo, nos servirán de prueba contundente, de evidencia decisiva, que demostrará sin lugar a dudas la existencia de esa invasión planetaria. ¡Es la voz de alerta a la Humanidad, el grito de alarma para el mundo amenazado! Espero que ustedes, caballeros, que representan a, nuestro planeta, sabrán advertir lo trágico, lo trascendental de esta demostración... ¡Jahn, abre la cámara... y arroja a tierra lo que contiene!

Jahn obedeció. Con gestos rápidos, precisos. Su cámara quedó al descubierto. De ella, al oprimir el resorte de la tapa y abrirse ésta, escaparon al rojo suelo dos formas oblongas, azuladas y frías, que empezaron en el acto a humear un vapor gélido, azulado.

Mark esperaba un gesto de instintivo retroceso, de horror infinito, en unos hombres poderosos, en unos seres que dictaban las leyes del mundo, ante la visión escalofriante de los cuerpos de Plutón, súbitamente arrojados ante sus narices por la osada maniobra de Mark Dolan.

Pero no ocurrió nada de eso. Siguieron rígidos, impasibles, inclinados curiosamente sobre el centro circular, de rojo suelo bruñido, donde se evaporaban los cuerpos a medio disolver, que pronto no serían nada. Pero que Mark ya había exhibido ante quienes quería hacerlo.

Jahn Zoltan entornó sus purpúreos ojos. Miró en torno, pensativo.

Luego, sin que nadie lo advirtiese, oprimió el resorte que ponía en marcha su ultradetector, colgado de la cintura.

En el acto las luces todas del sensible aparato comenzaron a parpadear rabiosamente en todas direcciones, con sus indicadores de emergencia a la máxima presión.

El marciano gritó a Mark una indicación urgente:

— ¡Pronto, Mark! ¡Vámonos de aquí! ¡Estamos rodeados materialmente de “sakais”!

Mark clavó sus ojos estupefactos, horrorizados, en el cerco del Gran Consejo. Fue como un súbito trallazo de luz y de emoción. Un descubrimiento horrible, espeluznante...

¡Todos los miembros del Gran Consejo eran invasores de Plutón!

CAPÍTULO VII

¡DERROTA!



ARK se lanzó a correr desesperadamente, hacia la puerta donde estaba Jahn Zoltan, el cual había ido retrocediendo, a medida que advertía a Mark de la increíble situación.

Los miembros del Gran Consejo, aquéllos en los únicos que Mark confió ciegamente, sin un solo momento de duda, se habían puesto en pie. Muchos de ellos comenzaron a saltar, lanzándose rápidamente a cubrir la salida a los dos amigos. Mark disparó sus puños con violencia. Tres de los poderosos miembros del Consejo saltaron atrás, como disparados por resortes, golpeando el estrado y cayendo en

confusión.

Mark luego se revolvió, extrayendo su pistola eléctrica, para barrer a tiros a los “sakais” de apariencia humana. Pero no tuvo ocasión de hacer fuego. Varios brazos le asestaron golpes brutales en las manos y el rostro, arrancándole el arma de los dedos. Estaba virtualmente cercado de rostros tensos, congestionados, tras los cuales, a la imaginación de Mark le era fácil imaginar la verdadera faz de aquellos seres terribles. Los cuerpos viscosos, oblongos y pegajosos, de un azul glacial, que se encubrían bajo la humana envoltura usurpada a los terrestres.

Intentó luchar. Llamó a gritos a Jahn Zoltan, pero éste no debió de oírle, o no tuvo ocasión de acudir en su auxilio. Se sintió rodar por tierra, derribado a golpes. Todavía lanzó sus puños por delante, hincó la cabeza en el vientre de otro. Se aclaró algo el cerco, saltó adelante, pugnando por eludir la mortífera plaga que tenía sobre sí.

Todo inútil. Logró cruzar cuatro o cinco pasos, gracias exclusivamente a la rapidez de sus acciones, a la celeridad de sus entrenados músculos. Pero, por fin, cayó nuevamente de rodillas. Otros muchos cayeron sobre él, le aplastaron virtualmente contra el suelo rojo.

Alguien le asestó un mazazo en plena nuca, con algo sólido y contundente. Sintió qué las fuerzas le abandonaban. Se derrumbó, inerte. No se movió más.

Había perdido la batalla.

Y precisamente en el momento cumbre, cuando creyó estar más cerca del triunfo final, cuando pensó que los hombres iban a ser advertidos del peligro latente, del azote qué les amenazaba.

Aquellas jerarquías ya no eran tales, sino “sakais”, invasores despiadados y feroces, que dominaban los puntos clave de la Tierra.

Y lo malo era que el mundo lo ignoraba. Lo seguiría ignorando, hasta que estuviese totalmente dominado, y la raza humana se extinguiese como tal...

* * *

Jane Moore vio venir a la carrera a Jahn Zoltan. Angustiada, sintiendo que su corazón brincaba dentro del pecho, gritó:

— ¡Jahn! ¡Jahn! ¿Qué sucede? ¿Y Mark?

— ¡Está dentro! ¡Le han capturado!—respondió el marciano—. ¡Vamos, hay que huir!

— ¡No! ¡No me iré sin Mark! ¡Hay que rescatarle!...— estalló Jane, iniciando la carrera hacia el salón de Consejo.

Las manos firmes de Zoltan frenaron su ímpetu. La atrajo con violencia hacia sí. El rostro cobrizo, bajo la melena blanca, casi de plata, expresaba una dureza peco habitual en el marciano.

— ¡No irá a ninguna parte, señorita Jane!—silabeó, furioso—. ¡Tenemos que escapar... o también caeremos nosotros! ¡No hay solución para Mark compréndalo! ¡No se trata ahora de sentimentalismos y tonterías! ¡Se trata de huir... de huir..., ¿comprende?

— ¿Sin... Mark?

Ya estaban lanzados por el corredor, Tres o cuatro consejeros aparecieron en el umbral de la sala. Se lanzaron tras ellos, pero Zoltan disparó su arma eléctrica, la que Mark le proporcionara, sin la menor vacilación.

Vio caer a dos hombres. Un tercero retrocedió, cerrando la puerta metálica para eludir los proyectiles de Zoltan. En el corredor quedaron dos cuerpos que se descomponían en otros espantosamente feos y viscosos, que humeaban hielo vaporoso.

— ¡Dios mío!—susurró Jane, angustiada—. ¡El Consejo también...!

—Sí. Son todos plutonianos... ¡Dominan virtualmente el mundo! ¡Nunca sabrá nadie la verdad, hasta que sea demasiado tarde!

—Cielos, Zoltan... ¿Y usted es amigo de Mark?— gemía ella, sin cesar de correr, a través del vasto edificio, forzada por Zoltan—. ¿Le deja ahí, en poder de esos monstruos, cuando sabe que eso significa morir, perderlo para siempre?

—No puedo hacer otra cosa. Vale más perderle a él y poder seguir adelante, hasta morir o vencer..., que morir estúpidamente todos. Al menos, si vivimos, le vengaremos, Jane, no lo dude...

— ¡Vengarle no basta! ¡Con ello no le devolveremos la vida! ¡Pudimos haberle salvado de esa horrible suerte!

—No podíamos hacer nada — aseguró firmemente el marciano, deteniéndose con la joven en una galería superior, frente a una pista aérea, donde habla aparcado un vehículo. Oprimió con energía la mano de Jane Moore—. Yo sé cuándo está todo perdido, y ésta era una, de esas veces. El error de Mark Dolan es que siempre confía en los demás.

Le dije que no debía fiarse de nadie, que cualquiera podría ser un “sakai”. Creyó que el Gran Consejo era lo que parecía, no una junta de invasores disponiendo, quizás el fin de su ataque solapado a la Tierra.

Debió suponer que todos los puestos clave son los primeros que los “sakais” habrán ocupado, para iniciar su control de la Tierra e

impedir cualquier acto ofensivo de los terrestres. Si los jefes son invasores, ¿qué órdenes se pueden recibir que den resultado positivo? Absolutamente ninguna. Ése es su juego.

Salieron a la aeropista. Abajo, en el nivel inferior, había movimiento de vehículos. El Gran Consejo daría pronto órdenes para su captura. Les declararían fuera de la Ley, o diría que estaban locos y debían ser recluidos. Sabían que era preciso ponerles a seguro, y lo intentarían por todos los medios.

Jane, por fin, reaccionó como esperaba Zoltan de una muchacha inteligente y serena, habituada al peligro. Pareció dejar a un lado momentáneamente su preocupación, su temor por Mark, abandonado en poder de los "sakais", y saltando al aeroturbo parado ante la ventana del Nivel adonde habían ido a parar en su fuga, avisó a Zoltan:

— ¡Vamos, Jahn! ¡Yo conduciré esto! ¡Y por cierto, que tendrán que correr mucho, si quieren alcanzarnos!

El marciano se acomodó junto a Jane. Tuvo el tiempo preciso para cerrar la portezuela. El vehículo arrancó, lanzándose en vertiginosa carrera por las rampas curvas y escalofriantes de las aeropistas urbanas. Como una fabulosa montaña rusa, los descensos a tumba abierta, las subidas empinadas, los giros cerrados de las curvas, en tomo siempre a los altísimos edificios, con el fondo de la ciudad como abismo sobre el que volaba el aeroturbo, eran salvados por Jane Moore al volante, imprimiendo al vehículo velocidades superiores a los doscientos por hora, y maniobrando en él con una habilidad de consumada maestra.

Detrás suyo, sonaban las sirenas estridentes, ensordecedoras y aún lejanas, de las naves de la Policía, persiguiéndoles tenazmente a lo largo del laberíntico trazado de carreteras aéreas sobre la moderna ciudad.

— ¿Nos alcanzarán, amiga mía? =—preguntó el marciano, inquieto.

—No, no tema.

Zoltan dijo:

—No temería a su policía, en ningún momento. Pero ahora, hay noventa y nueve probabilidades entre ciento de que ya no sean realmente policía, sino "sakais" bajo una falsa apariencia...

—Claro que lo serán — asintió ella —. Por fortuna, el vehículo que hemos cogido es de doble marcha. Es decir, puede deslizarse por estas rutas y elevarse en el aire por sí mismo. Los policiales, no. Voy a abrir los motores de aerotracción. ¡Sujétese, Zoltan!

Se sujetó el marciano cuanto le fue posible. La nave arrancó

fulgurante, saliendo de la banda metálica de la carretera aérea. Se lanzó como un proyectil hacia el espacio. Sobrevoló la ciudad, a bastante altura sobre ella. De momento, no les perseguía nadie.

—Parece que lo ha logrado — suspiró Jahn, retrepándose en el asiento—. Brava e inteligente muchacha.

—Gracias, pero eso no es todo. Aún tenemos que llevar a cabo otra maniobra, Zoltan.

Voló hasta un lugar donde se veían miles de vehículos aparcados, en espera de sus dueños. Jane, a simple vista, eligió una nave a reacción, que podía ser aeromóvil o voladora. Tenía un discreto color gris. Precisamente lo que buscaba ella. Algo que pudiera pasar desapercibido.

Planeó sobre el aparcamiento, dejó el vehículo junto al que eligiera con la vista y montó en éste, siempre acompañada de Jahn Zoltan.

Cuando remontaron nuevamente el vuelo, el marciano interrogó:

— ¿Qué cosas extrañas está haciendo?

—Son modos de desorientar a posibles perseguidores. Buscarán una nave del aspecto de aquélla. No la encontrarán. Y cuando den con ella y sepan que otro vehículo gris ha sido robado, será tarde para encontrarnos.

John dijo:

— ¿Adónde vamos?

—Hay un lugar que no creo descubra ninguno de los "sakais". Venga allí conmigo, Zoltan, si de veras quiere seguir a mi lado...

—Claro que seguiré — sonrió el marciano —. Ahora, mientras esperamos a ver a nuestro querido Mark Dolan se libera y reúne con nosotros, no tendré otro remedio que seguir con usted. Hemos de ayudarnos mutuamente. Estamos completamente solos. Solos frente al mundo entero, lo cual no deja de resultar gracioso, si se tiene sentido del humor.

—Tal vez en Marte exista, pero aquí no. Sobre todo, ante, ciertas situaciones.

Siguieron sobrevolando la ciudad en otros puntos lejanos. Vieron pasar, a alguna distancia, los cohetes de, la patrulla de Seguridad. Se alejaron, sin fijarse siquiera en ellos. La estratagema de Jane les ayudó a pasar desapercibidos.

Más tarde, era el campo, verde y exuberante, el que aparecía bajo su aparato, como un mar de esmeralda, incomparablemente más hermoso que el océano mismo.

— ¿Está muy lejos ese refugio secreto que usted busca? — indagó

Jahn Zoltan.

—No mucho. Sin embargo, solamente el que lo conoce, sabe dar con él.

— ¿Quiénes son los que lo conocen?

—Muy poca gente, Zoltan. Yo misma, usted ahora... y Mark.

— ¡Mark! Suponga que los "sakais" le extraen las ideas de la mente, absorben sus pensamientos... Nos descubrirán en el acto, y vendrán por nosotros.

—No. Él, después de todo, no es un hombre de cabeza floja, o de fácil cesión a un interrogatorio enemigo. No creo que logren extraerle nada.

—No esté muy segura, Jane. Lo importante es que él no piense en el refugio mientras es controlada su mente por los "sakais". Es un hombre preparado para oponerse con energía a los telépatas, he podido comprobarlo. Ojalá esta vez pueda actuar con igual efectividad, aunque lo dudo...

Siguieron en silencio, hasta que Jane sobrevoló un riachuelo cercano a la ciudad. Planearon sobre un bosque denso. Luego, entre el bosque y la falda de una colina, posó la nave, que a ojos de posibles viajaros que cruzaran por aquella zona quedaría oculta por el bosquecillo.

Saltaron a tierra los dos viajeros. Corrieron a través del umbrío bosquecillo. Jane, se detuvo delante de un grueso árbol, una secoya gigantesca, que crecía en medio del bosque, como un titán vegetal entre otros menos corpulentos.

Los dedos de la joven pulsaron la corteza rugosa del árbol, en un punto determinado. La corteza se deslizó sobre sí misma, abriendo una puerta curva y no muy grande. Se descubrió el interior negro, profundo, del recio árbol.

—Sígame — invitó Jane.

Entraron en el árbol. La puerta formada por la corteza se cerró tras ellos. Brilló una luz en la sombra, a sus pies, envolviéndoles en una suave fosforescencia.

Jane Moore presionó el suelo con su pie, en un lugar determinado del estrecho recinto circular. El suelo cedió. Era un ascensor, que descendió suavemente, sin ruido, sumergiéndose en las tinieblas, bajo el suelo herboso del bosque, en las profundidades del gigantesco árbol.

Zoltan no parecía muy sorprendido por ello. Se limitó a interrogar con voz grave:

— ¿Un subterráneo?

—Sí. Un refugio bajo el suelo, especialmente realizado por

nosotros, para nuestras actividades en el Servicio Secreto del Espacio. Aquí nadie dará con nosotros.

Jahn no dijo nada. La joven y el marciano llegaron al fondo. Se iluminó el interior, automáticamente, al contacto con el suelo del ascensor. Era una cámara rectangular, subterránea, de muros metálicos y lisos, color gris acero, dotada de dos literas, un mueble armario, un par de asientos, libros, armas y mapas celestes y terrestres.

—Éste es el santuario — dijo Jane sonriente—, Aquí nos hemos ocultado muchas veces Mark y yo, cuando una misión peligrosa exigía que no fuéramos vistos públicamente por nadie, durante una temporada.

—Entiendo — Zoltan miró en derredor —. Un bonito sitio... si no se está sola.

Jane enrojeció. Luego, volviendo la cabeza, musitó roncamente:

—Él nunca me ha mirado como una mujer. Para él, he sido siempre su compañera, la camarada alegre y resuelta, en mil peripecias. Pero nada más. Luego, llegó Saddie Kent, con su belleza y sus millones, y le cegó. Se prometió a ella. El día que lo supe sufrí el mayor disgusto de mi vida. Pensé si no era lo bastante bella y mujer para él.

—No diga eso. Cosas así suceden también en Marte. Los seres somos extraños a veces. Y vamos a buscar muy lejos aquello que está más cerca de nosotros. Hasta que un día nos cae la venda y descubrimos la verdad de nuestros sentimientos.

—Yo no tengo esperanza — suspiró Jane- . Si Mark vuelve con vida..., será para Saddie. No puedo competir con una mujer como ella. Mark se reiría de mí si supiera...

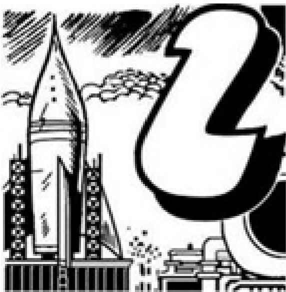
— ¿Por qué había de reírse? — preguntó Zoltan, mirándola fijamente—. Yo creo que usted es hermosa, Jane. Y tiene, sobre todo, la belleza más grande y sublime que el Creador ha depositado en las criaturas de Su obra: la de su alma, Jane...

La joven clavó sus ojos en el marciano. Sólo atinó a decir, muy emocionada:

—Gracias, Zoltan..., gracias. Es usted maravilloso...

CAPÍTULO VIII

MARK VUELVE



AS horas transcurrieron lentas en el refugio subterráneo.

Zoltan hacía frecuentes salidas, para comprobar si se les buscaba. En dos ocasiones regresó al escondite, informando:

—Hay aviones y aerocohetes sobrevolando la región. Sin duda, andan en busca nuestra...

— ¿Le han visto?—preguntó Jane, alarmada.

—No, por Dios... Sé ocultarme bien... — impaciente, consultó el reloj de la joven—. El tiempo va muy de prisa, Jane, y no sabemos nada de Mark. Creo que tendré que poner en práctica mi propio plan.

— ¿Cuál es?

Si todo fracasaba en la Tierra, enviar marcianos urgentemente.

— ¿Pero cómo pedirles ayuda, cómo establecer contacto con su gente, Zoltan?

—Yo tengo el medio—se tocó el cinturón plateado—. Pero sólo quería hacerlo en última instancia. Es un sistema peligroso traer a mis compañeros y hermanos de raza a la Tierra, a combatir con los “sakais”. Entonces será cuando muchos piensen que es la nuestra la auténtica invasión. Y azuzados por sus propios jefes, nos atacarán, para librarse de lo que imaginarán un asalto en toda regla. ¿Quién les convencerá de que somos amigos y no enemigos?

—Eso es lo de menos. Vale más correr ese riesgo que dejar morir a todos los seres humanos, absorbidos por el extraño poder de los plutonianos o “sakais”.

Jahn Zoltan hizo un gesto singular. Luego, declaró:

—Posiblemente tenga usted razón, amiga mía. Creo que ha llegado la hora de las graves decisiones. Mark no volverá posiblemente, aunque tampoco creo que le maten.

— ¿Por qué no?

—Han demostrado tener mucho interés en él, y no precisamente para destruirle, sino, en mi opinión, para apoderarse de él. Quieren a Mark Dolan, porque es un héroe mundial y un hombre que puede ser muy peligroso en contra de ellos... y muy útil a su favor. Tratarán de ganarlo para sí. Con promesas... o interviniendo en su cerebro, si es necesario, para crear un nuevo Dolan, que les sirva fielmente,

— ¡Dios mío, eso sería horrible!

—Horrible, sí. Pero siempre hay una esperanza de recuperarle, tal como él es. Lo importante es que siga vivo. Y creo que seguirá. Mark Dolan no es precisamente un prisionero vulgar...

Luego, Jahn Zoltan abrió el condensador de energía situado en el pequeño compartimiento de su cinturón plateado. Comenzó a pulsarlo con dedos rápidos y diestros. Tocaba un botón o pulsador de su extremo, con una celeridad y precisión sorprendentes. Cuando terminó, se volvió a Jane, sonriendo.

—Ya están avisados mis compañeros de Marte — informó—.

Ahora, serán informados los gobernantes. Y si lo juzgan oportuno, enviarán refuerzos a la Tierra. Los marcianos vendrán para luchar con nosotros. Para tratar de vencer a esos malditos “sakais”...

* * *

Jahn Zoltan terminó de digerir las píldoras alimenticias que llevaba consigo. Luego, se encaminó a la salida del subterráneo. Jane, sentada en una de las dos literas, miró al marciano.

— ¿Se va?—preguntó, inquieta.

-Es absolutamente necesario. Debo vigilar los alrededores, por si aparece alguien sospechoso. Volveré en seguida.

Abandonó el refugio. Jane se quedó sola. Suspiró, fatigada, aburrida del encierro prolongado en el interior de aquel escondite secreto. Pero la situación era muy fea, para arriesgarse a abandonarlo. No sabía a quién apelar, a quién recurrir, llegado el caso. Solamente tenía a su lado al leal marciano. Los demás, posiblemente, ni siquiera fueran humanos. Serían aparentes seres normales, con un maligno ser dentro, bajo su aspecto de personas de una perfecta vulgaridad. Y aun quien fuera realmente un terrestre sin contaminación de los “sakais”, la propia obsesión, el recelo de la joven, convertirían en un infierno la duda, el temor, la desconfianza constante hacia todos...

Pensando en todo ello, no advirtió el tiempo que transcurría. De súbito, descendió de nuevo el ascensor subterráneo, por la corteza vacía del gran árbol, hasta el corazón mismo del refugio creado por Jane.

Volvió la cabeza hacia la puerta automática del ascensor, iniciando unas palabras que eran como una salutación vulgar:

—Por Dios, Zoltan, esta vez sí que ha tardado usted poco tiempo en...—se detuvo, atónita. Contempló con estupor al que había aparecido. Añadió con un grito radiante, trémulo—: ¡Oh, no!... ¡Mark! ¡Tú!...

Era él, Mark Dolan.

Se lanzó hacia él impulsiva. Le besó el rostro, apasionadamente, en una explosión de intenso y radiante júbilo. Mark Dolan, en cambio, le dedicó un suave cachete, tras abrazarla fuertemente con calor, y manifestó:

—Mi pequeña Jane... Seguro que ya me habíais dado por muerto...

Ella asintió, riendo. Era tan feliz, que al mismo tiempo de la risa, sus ojos se cuajaron de lágrimas, en un contraste creado por la propia emoción del reencuentro.

— ¡Oh, Mark, Mark…, parece imposible! —susurró Jane, entusiasmada.

—Pero es cierto — suspiró Mark, con expresión amarga—. He podido escapar de esos monstruos. Me ha costado una seria lucha. Mira, aún llevo las señales por todas partes…

Mostró su brazo, lleno de cardenales, su hombro lesionado, su ceja dañada por la brutalidad de unos golpes o de un trato inhumano.

—Pero, al final, conseguí lo que me proponía— añadió lentamente —. Pude eludir la vigilancia de los demás, derribé a mis guardianes y pude escapar. Pensaban reducirme a otro de sus siervos esclavizados. Lo hubieran hecho, pero creo que me reservaban algo especial. Eso me dio nuevos ímpetus para escabullirme. Y aún me persiguen por todas partes. Hay orden rotunda de darme caza, esté donde esté…

Jane preguntó:

—Mark, ¿tú les hablaste de este refugio, aunque sólo fuese a título de referencia o arrancándote con engaños la verdad?

—No, Jane. Supe resistir, con mi cerebro aislado. Son telépatas formidables. Sin embargo, conmigo no les fue posible competir. Estaban irritados, y han planeado destruirme de otra forma, como enemigo activo. Ahora, les va a ser difícil, Jane…

— ¿Por qué?

—Porque ahora nos toca a nosotros devolverles el golpe. Se me ha ocurrido algo. Sé por ellos, Jane, que el Presidente está todavía a salvo de sus ataques, inmune aún a la invasión de usurpadores de cuerpos humanos. Creo que si Zoltan, tú y yo… Por cierto, ¿dónde está mi amigo, el marciano?

—Sale de vez en cuando a vigilar. ¿No le has visto?

—Por donde yo venía, no. Bien, mientras llega, escucha el proyecto. Iremos a ver al Presidente. Nos entrevistaremos con él, de grado o por fuerza. Creo que nos recibirá. Y él obrará en consecuencia.

— ¿Esperas convencerle de la verdad que nosotros defendernos, Mark?

—Sí. El Presidente es un gran hombre. Nos creerá, estoy seguro. Una vez me galardonó él, por un servicio peligroso. Dijo que siempre había un lugar en su fe y en su afecto para los que sabían entregarlo todo por su causa. Si sigue pensando igual, creerá en mí. Yo le referiré todo. Será la última prueba Jane. La definitiva.

—Pero ¿te dejarán llegar hasta el Presidente?

—Creo que sí — asintió Mark Dolan r—. Además, ahora sé dónde está el refugio espacial de los “sakais”. Puedo indicar con exactitud el

punto donde flota la Base Sakai desplazada cerca de la Tierra, para desde allí enviar a sus criaturas sobre el mundo, en platos voladores de plástico transparente, que los van depositando en los lugares estratégicamente elegidos antes del lanzamiento. Es inútil luchar con ellos en igualdad de medios, porque el ser polimorfos y tan sumamente inteligentes, les da todas las ventajas en seguida. Por eso hemos de luchar a nuestro modo… Vamos, Jane, no perdamos tiempo.

— ¿Y Zoltan? ¡No podemos dejarle aquí!—protestó ella.

—Claro que no —rio Mark—. Le recogeremos arriba, cuando abandonemos este refugio. Y juntos partiremos hacia el Palacio Presidencial. De esta visita puede surgir la salvación para el mundo, el exterminio para los miles y miles de "sakais" ya emboscados en la Tierra, por culpa, sobre todo, de la incredulidad popular.

Jane asintió. Mark se inclinó, ayudándola a caminar hacia la salida. En aquel instante se abrió la puerta. El que llegaba se quedó mirándoles fijamente.

—Hola, Zoltan, amigo—.sonrió Mark, jovial—. Aquí me tiene de regreso. He logrado escapar a los "sakais". Ahora sé muchas cosas de ellos. Cosas que van a ayudarnos mucho en lo que he planeado…

Ambos se estrecharon la mano con calor. Jahn Zoltan habló, sorprendido:

—Es magnífico, Mark, que haya podido huir de ellos. Es como volver a la vida, desde el reino de las tinieblas. Le felicito, amigo mío. ¿Adónde vamos ahora?

—A ver al Presidente — explicó Jane—. Mark le conoce de hace tiempo. Y está seguro de lograr algo. Por los propios "sakais" sabe que el Presidente no es uno de esos invasores del diablo…

—Bien, entonces vamos — suspiró Zoltan—. Pasen ustedes delante. Con precaución, porque todavía sobrevuelan la región algunos vehículos espaciales, buscando nuestro rastro.

Mark asintió. Tomando por un brazo a Jane, caminaba ya hacia la puerta.

El marciano lo hacía detrás de sus amigos. Se detuvo, cuando Mark iba a presionar ya el botón del ascensor que les llevaría arriba,

—Jane, apártese— dijo fríamente Zoltan—. No, usted no, Mark…

Sorprendida, Jane giró la cabeza. Vio la pistola eléctrica entre los dedos de Zoltan. Y la mirada fija en Mark Dolan, que se había encogido, bajo las pupilas agudas de Jahn.

— ¿Eh? ¿Qué quiere decir eso…? =— comenzó Mark, iniciando la marcha hacia Zoltan.

El marciano no le dejó continuar. De súbito, comenzó a disparar.

Un grito terrible acogió lo que seguía. Empezó a estremecerse, con sacudidas epilépticas, mientras la sangre brotaba por sus heridas, realmente brutales.

Mark Dolan rodó de bruces, bajo el fuego mortífero de Jahn Zoltan.

Jane se cubrió los ojos, desesperada. Un ronco gemido de horror escapó de los labios de la muchacha. Cuando miró al suelo de nuevo, sintió que se desvanecía.

Mark estaba muerto, eliminado inexorablemente por Jahn Zoltan.

Ahora estaba empezando a descomponerse en el cuerpo horrible de un “sakai”…

* * *

Dirigió una mirada a su alrededor. Sentíase realmente perdido. Jamás ser alguno habría salido nunca de allí. Era el dominio terrible, alucinante, de los plutonianos. Y allí estaba él, convertido en el prisionero especial de los crueles y despiadados “sakais”.

Mark Dolan no esperaba absolutamente nada.

Había visto surgir de una cabina de muros cristalinos, inmediata a su celda, una reproducción exacta de sí mismo, un “doble” perfecto de su ser, incluidos rostro, expresión, andares, ademanes, figura, incluso voz.

No hacía falta mucha imaginación para suponer dónde estaría ahora aquel espantoso remedo de hombre, en cuyo cerebro funcionaban las células telépatas y poderosas de los “sakais”, absorbiendo sus propias ideas y pensamientos, para realizar su perfecta ficción ante les demás.

Mark había luchado por crear el vacío, la muralla mental en torno a su cerebro. Pero siempre se filtraban ideas, conocimientos y cosas que uno no podía evitar que escapasen al exterior. En el acto, las antenas naturales de los monstruos absorbían esos pensamientos, los asimilaban y canalizaban para su propio fin…

Empezaba a saber muchas cosas de aquellos seres. Sin embargo, era demasiado tarde para referírselas a Zoltan o sacar provecho de ellas. Nunca podría abandonar aquel sitio. No había cerraduras ni llaves en la base “sakai”. Pero tampoco les hacían falta. Sus rayos fotónicos guardaban todas las entradas y salidas. Eran como haces de luz cruda, amarilla, proyectados desde el techo. Tampoco eran precisas las puertas. Cada vez que Mark, encerrado en aquel cubículo de cristal plástico, trataba de salir del cuadrado de su celda, una descarga laceraba su cuerpo, lanzándole contra el interior, aturdido.

Y así una, otra vez…

Al otro lado del cristal de los muros, los “sakais” circulaban libremente, los veía pasar con total indiferencia, con su helado aspecto azul y repulsivo. Reptaban por el suelo, o se hacían conducir por medio de bandas magnéticas en movimiento, a lo largo del suelo, los muros y las entradas y salidas. Algunos se erguían, como reptiles, asomando sus malignas rendijas visuales por las paredes transparentes. Contemplaban a Mark Dolan con aire diabólico. En su silenciosa lengua debían de reírse de él, otro pobre ejemplar para su fabuloso zoo de seres dominados e invadidos. Y luego, volviendo a su posición reptante, se alejaban de allí satisfechos de verle prisionero.

Mark sólo deseaba regresar junto a Jahn Zoltan y Jane. Se preguntaba que habría sido de ellos. El hecho de que no estuvieran en la base como prisioneros, significaba que de un modo u otro habían escapado al ataque “sakai”. Mark recordó que, durante la absorción de pensamientos por los “sakais”, para crear su “doble”, había cometido un grave error: pensar en el refugio secreto que Jane y él utilizaban durante sus actuaciones para el Servicio Secreto del Espacio. ¿Qué uso harían de esa idea los malditos invasores de Plutón?

Sentíase irritado, furioso consigo mismo. Sobre todo, por no saber hallar una solución, por no poder salir de allí. Mark se daba cuenta, al captar las fuertes ondas mentales de los “sakais”, que aquella base era una nave en el espacio, situada muy próxima a la Tierra. Que desde allí partían los ataques plutonianos al planeta de los hombres. Y que él, como prisionero privilegiado, a juicio de los escalofriantes agresores planetarios, sería trasladado con esta misma nave a Plutón, para ser examinado por los grandes jefes del planeta invasor, quizá para realizar alguna diabólica y complicada operación mental en él.

Todas esas sensaciones le llegaban a ráfagas, cada vez que alguna idea de los “sakais” le alcanzaba la mente. Eran seres de tan poderoso cerebro, que sus pensamientos iban muy lejos. La mente no tiene idioma, y su cerebro los captaba con exactitud. Ese privilegio no hacía sino aumentar la angustia del preso, prolongar su agonía ante el tremendo fracaso. No sólo su fracaso, sino también el del mundo entero…

Le traían píldoras alimenticias concentradas, cada cierto tiempo. Para ello, se cortaba el fluido de uno de los proyectores fotónicos y entraba uno de los viscosos monstruos. Apenas estaba allí un par de segundos, durante los cuales, la temperatura de la celda de Mark descendía terriblemente, y sentíase sacudido de escalofríos violentos. Luego, el “sakai” depositaba ante él las píldoras correspondientes y se marchaba, volviendo a funcionar el rayo de la entrada.

Mark no tenía durante ese breve lapso de tiempo la menor

posibilidad de fuga. El propio frío de los “sakais” le inmovilizaba. Y no parecía fácil enfrentarse físicamente a una de aquellas bestias pegajosas, con posibilidades de éxito. Seguramente, resultarían escurridizas, ágiles como anguilas en el mar. Nadie podría vencerles con las manos y los músculos.

Así, el tiempo siguió pasando para Mark Dolan. El héroe terrestre, vencido y cautivo, parecía marcar el principio del fin. Un fin pavoroso y tétrico para el mundo. El inicio de una noche infinita y angustiosa. La noche tremenda de la muerte de los seres humanos…

* * *

Fue como un repentino recuerdo llegado a su mente. En el acto, con un poderoso esfuerzo mental, lo alejó de sí, aisló la idea en su cerebro. Era preciso evitar que llegara a salir a descubierto, que los “sakais” captaran el reflejo mental de su pensamiento.

Podía ser una posibilidad. Remota, pero posibilidad, a fin de cuentas…

Los “sakais” estaban demasiado convencidos de su propia fuerza, de su total dominio, para haberse molestado en despojarle de todo. Así, Mark llevaba aún sobre sí los objetos de su propiedad. Solamente había sido desprovisto de su pistola. Pero los mil heterogéneos útiles que uno lleva siempre sobre sí continuaban en su poder.

Y Mark recordó especialmente dos de las cosas que siempre iban con él. Las pequeñas píldoras térmicas, apropiadas para los viajes a lugares gélidos, durante su labor al servicio de la Inteligencia Espacial del Estado. Y los menudos comprimidos de color rosado, que servían para dormir a voluntad, en los momentos en que las necesidades del servicio obligaban a elegir unas horas diferentes para el descanso, un sueño momentáneo, de duración limitada, que luego le mantendría despejado para la acción.

Todos los agentes especiales terrestres en servicio los utilizaban, así como píldoras de agua, alimenticias y otras muchas. Mark no se había acordado siquiera de todo aquello hasta este preciso instante.

Automáticamente, lo olvidó, procurando aislar en su mente la idea, por medio del entrenamiento anti telepático recibido en la Tierra. Pero no por ello quedaba desplazada decisivamente de su cerebro. Por el contrario, la súbita inspiración continuaba allí… ¡y podía significar mucho!

CAPÍTULO IX

LA GRAN FUGA



ARK DOLAN contempló fijamente al “sakai”. El rayo fotónico cesó de proyectar su luz sobre el hueco de la puerta sin rejas ni cerraduras. Mark vio avanzar al monstruoso ser de Plutón, deslizándose pegado al suelo, moviéndose hacia él.

Esperó todavía. Era precisa una gran serenidad en este momento. Era necesario aguardar al momento preciso. Entonces sería el instante. Entonces… o nunca.

Entonces se decidió.

Él “sakai” entró en la cámara del cautivo. Los dos segundos previstos empezaron a contar. Bajo la bota derecha de Mark, dos píldoras esperaban su ocasión. El tacón las oprimió brutal, secamente. Ambas quedaron destrozadas inmediatamente.

Todo el intenso calor que difundían las pastillas térmicas se propagó a la píldora somnífera, evaporándola en forma de gas ardiente. Mark reculó, en espera del resultado.

El “sakai” pareció sorprendido. Se encogió sobre sí mismo. El impacto del calor generado por la píldora pisada impidió que mantuviese la temperatura que precisaba en la celda, para permanecer en su estado normal.

Quiso retroceder. Pero era evidente que estaba aturdido. Ni siquiera podía pensar, emitir llamadas telepáticas a sus compañeros. La evaporación somnífera hacía su veloz efecto sobre él. Mark recordó

algo que dijera Zoltan cuando su ataque a la factoría militar invadida:

"En su estado original, no duermen... Tal vez el dormir, según su naturaleza, signifique para ellos el aturdimiento, la muerte..."

Una vez más, el buen marciano había tenido razón. El sueño y el calor, asociados por una genialidad de Mark Dolan, habían provocado el letargo, la impotencia total en el "sakai", que se quedó estremecido en el suelo de la celda, sin poderse mover, sin reaccionar en forma alguna ante Dolan.

Mark rio. Era un triunfo. Su primer gran triunfo. Pero quería llegar a más, a mucho más que esto. En realidad, ahora solamente había ganado una pequeña batalla. Y un premio importante: el "sakai", al no poder accionar de nuevo el rayo fotónico, dejaba la salida libre. Mark la cruzó de un salto. En el acto, volvió a brillar el foco vertical, cerrando el paso al "sakai" encerrado allí. Maris: comprendió que, al pasar cualquier cuerpo por un punto determinado, más allá del radio de acción del foco, provocaba un contacto que era el que encendía la cerradura luminosa, más segura que todas las rejas.

Ahora estaba libre. Libre, en medio de una nave extraña, rodeado por miles, quizá millones de poderosos enemigos de la raza humana, de telépatas formidables, capaces de aniquilarle.

Pero, a fin de cuentas, libre. Capacitado para intentar algo de nuevo. Con un puñado de píldoras somníferas en una mano y otro puñado de pastillas térmicas en la otra. Sus armas poderosas contra el enemigo.

* * *

El rostro bondadoso, cubierto de cabellos grises, se volvió. Unos ojos penetrantes se fijaron en los visitantes audaces, plantados frente a su mesa de trabajo.

—Habéis sido muy osados, Jane Moore —dijo el Presidente.

—Sí, señor — asintió ella con serenidad—. Teníamos que serlo.

— ¿Por qué? — sonrió el máximo jefe de la Tierra.

—Porque el mundo está perdido, señor. Porque tenemos a unos invasores terribles entre nosotros. Porque ya los puntos clave están dominados por "ellos".

— ¿Y quiénes son ellos?

—"Sakais" — explicó Zoltan —, O plutonianos, en su lengua, señor. Son seres llegados de Plutón, a, bordo de naves espaciales. Se apoderan de los seres humanos, absorben sus pensamientos, y crean un duplicado idéntico al original, al cual destruyen luego. Son indestructibles, excepto si todo el mundo se aúna, si todos los que aún

son humanos se solidarizan, y combaten en legión frente a ellos. Entonces, el estrecho círculo, la localización constante, el no fiarse de nadie, les va mermando posibilidades.

— ¿Y tú quién eres?

—Jahn Zoltan, señor. Ciudadano de Marte. He pedido ayuda a mis compatriotas. Pronto llegarán, para ayudarnos, si no hay otro remedio. Aunque yo creo que los hombres mismos se bastarán para acabar con el azote. Sería suficiente que alguien de prestigio, alguien en quien tuvieran fe, les hablase, les anunciara el peligro real...

— ¿Por qué no recurrís al Gran Consejo, presentáis pruebas?...

—Las hemos presentado ya, señor-— saltó Jane Moore—. Pero todo el Gran Consejo son ya "sakais" poseídos de aspecto humano. Ellos han capturado, aniquilándole, a Mark Dolan. Por eso hemos venido a vos, burlando vigilancias.

El Presidente- frunció el ceño, perplejo. Miró a Jane.

— Si tú, Jane Moore, una de nuestras mejores agentes especiales, no me contaras todo eso, diría que estabais locos los dos.

—Es el efecto que producen nuestras palabras, ciertamente.

— ¿Cómo podéis localizar a un "sakai", identificando así a un humano "poseído"?

—Éste es el medio —dijo Zoltan, alzando en la mano su detector. Lo pulsó. Las luces no se movieron. Sonrió el marciano con ironía—. Disculpe, señor. Pero no puedo fiarme de nadie.

— ¿Ha utilizado conmigo el detector?

—Sí.

El Presidente preguntó:

— ¿Y soy de fiar?

—Eso es. Sigue siendo usted perfectamente normal. Ahora comprendo el interés del falso Dolan que nos enviaron, en verse cerca de usted. Pretendía aniquilar al primer ciudadano de la Tierra, para completar la operación de dominar los puestos clave.

—Bien, muchachos —el Presidente sonrió, aunque sus ojos seguían siendo graves—. No me ofrecéis pruebas, pero quiero daros un margen de confianza. El hecho de que Mark Dolan haya desaparecido, y que Jane Moore venga a verme con urgencia, en plena noche, entrando en mi propia residencia por la galería del jardín, parecen hechos significativos. Esperad un momento.

Pulso un zumbador, Hubo una pausa. Por fin, algo golpeó suavemente en la puerta del despacho del Presidente de la Tierra. Éste dio orden de que entraran. Un hombre joven, arrogante y afable

apareció. Vestía el uniforme especial de la Guardia, Personal del Presidente, y lucía en su brazo un distintivo peculiar.

—Es mi secretario, Yago Danvers — presentó el prohombre con dulzura —, Yago, estos amigos míos te van a referir una curiosa historia. Quiero que obres en consecuencia, ordenando la difusión de una probable invasión que está teniendo lugar ya.

— ¿Invasión? — se asombró su secretario —. ¿Dónde, señor?

—En toda la Tierra — explicó parcamente el Presidente.

Yago Danvers se volvió, atónito, a los dos visitantes. Jane, con tono rápido, comenzó a referirle cuanto sucedía. El Presidente, entre tanto, daba paseos rápidos por la cámara.

Jahn Zoltan siguió su costumbre, nacida de la constante permanencia en el peligro, de su afán de estar seguro de todo y de todos. Mientras Jane hablaba con Yago Danvers, tratando de convencerle de su historia, para que el secretario pudiera influir decisivamente en la opinión presidencial con su consejo, Zoltan oprimió con suavidad el ultradetector. Lo enfocó hacia Yago.

En el acto comenzó a vibrar la varilla metálica, y las luces parpadearon con violencia. Atraído por el fenómeno, el Presidente se volvió bruscamente. Yago Danvers también, y Jane Moore se detuvo, con un grito.

— ¿Eh? — exclamó el jefe de la Tierra—. ¿Qué es eso?

Zoltan no respondió. En vez de eso, levantó su pistola silenciosa. Yago saltó, tratando de arrebatársela, con un grito hábil:

— ¡Apartaos, señor Presidente! ¡Vienen a asesinaros!

El prohombre permaneció unos segundos indeciso, sin saber qué decisión tomar. Pero corrió hacia la puerta cuando vio la, llamarada azul golpeando a Yago en pleno rostro y destrozándole. El secretario cayó hacia atrás, con un bramido horrible, se derrumbó bañado en sangre sobre la mesa despacho, y de ella rodó a tierra.

— ¡Es cierto! —silabeó el Presidente—. ¡Son unos criminales! ¡Dios mío!

Iba a escapar. Pero Zoltan, resuelto, le apuntó con la pistola electrónica, reteniéndole junto a la puerta. Habló rudamente:

—Por favor, no salga de aquí, señor. No todavía. Observe a su fiel secretario. Observe, y comprenderá... Creo que ésta es la prueba que necesitábamos.

Y ha venido a nosotros por sí misma...

El Presidente no dijo nada. Muy pálido, se retiró unos pasos de la salida, avanzó hasta el cadáver del que fuera su más leal y cercano colaborador. Le contempló fijamente.

—No veo nada en absoluto que justifique este horrible crim... —empezó, interrumpiéndose de pronto.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Sintió que los cabellos se le erizaban en la nuca. Zoltan rio entre dientes. Se estaba efectuando la metamorfosis del monstruo.

Nuevamente, el “mutante” ser de Plutón cobraba su forma primitiva, azul y helada, repugnante y riscosa. Un vapor frío, azulado, empezó a brotar, a medida que comenzaba la desintegración.'

— ¡Cielos, no! —musitó roncamente el Presidente.

—Ahí tiene la prueba, señor — dijo Jahn Zoltan con gravedad —. ¿Qué puede decirnos ahora?

El Presidente alzó la cabeza, Miró fijamente a Jahn y a la muchacha, que esperaban anhelantes su decisión. Se apartó unos pasos del cadáver en transformación, con gesto de horror y de aversión.

Musitó, en voz baja, pero profunda y resuelta:

—Ustedes ganan, amigos... Ahora me han dado la prueba... ¡Y vamos a luchar todos contra este horror!

Zoltan respiró satisfecho. Jane Moore cerró los ojos y levantó la cabeza, en acción de gracias a la Providencia.

—Gracias, Señor — murmuró—. ¡Lástima que esta victoria llegue tarde... y Mark Dolan esté ya definitivamente perdido para nosotros!

* * *

En otro lugar, allá en el espacio, a bordo de la base aérea de los “sakais”, sucedían cosas que hubieran llenado de estupor a los dos leales amigos de Dolan.

Un Mark Dolan violento, enérgico, de facciones endurecidas por la ferocidad implacable de la lucha entablada, se hallaba erguido frente a los cuerpos informes, humeantes, de varios “sakais” sin vida. El sueño les mataba, lo estaba comprobando.

Dolan había logrado alcanzar, en su audaz fuga por el interior del gran centro neurálgico de los plutonianos, una de las cabinas de control. Su conocimiento en astronaves y en mecánica era muy profundo. No le costó gran trabajo comprender lo que aquel juego de mandos significaba.

Aniquilados los “sakais” por la acción destructiva de las píldoras somníferas y térmicas asociadas, logró penetrar m aquella cabina antes de que extendieran la alarma al resto de la nave. Un ataque en masa de los miles de seres viscosos que se albergaban allí significarla el final inevitable. Precisamente el posible éxito de su intento estaba

únicamente en la celeridad y sigilo de sus actos, en la rapidez que desplegase en ir eliminando centros vitales de la astronave. En impedir, sobre todas las cosas, que las emanaciones mentales de los “sakais” llegaran a sus compañeros. El aturdimiento del somnífero lograba actuar sobre sus mentes, paralizándolas, y el mensaje de socorro telepático no salía de ellos, por fortuna.

Pero le quedaban ya escasas armas. Muy pocas píldoras en sus manos, tras haber recorrido algunas galerías y eliminado a varios centinelas “sakais”. También ahora, en la cámara de controles, situada en el mismo centro de la nave voladora, a juicio de Mark, había logrado acabar en escasos segundos con los que manejaban los controles. Dos “sakais” estaban demasiado seguros de sí mismos, demasiado poseídos de su gran poder sobre los débiles terrestres, para temer nada por parte de cualquiera de ellos. Y menos aún de un cautivo suyo, de un hombre a quien todavía imaginaban dentro de su celda sin rejas, incapaz de salir de ella en modo alguno.

La temperatura a bordo era glacial. Mark tiritaba, castañeteándole los dientes. Pero seguía adelante. Siempre adelante.

Examinó los mandos con atención. Asombrado, comprobó que aquella nave se movía accionada por la energía del hidrógeno y del cobalto, en turborreactores separados, y en cámaras congeladoras, para impedir su unión.

Mark se estremeció, febril. Si fuera capaz de juntar los dos elementos, el cobalto radiactivo y el hidrógeno que empleaban los “sakais''..., una gigantesca, inmensa bomba de cobalto, destructiva como un apocalipsis, se habría creado.

Comprobó que los mandos señalaban, pese al lenguaje desconocido de sus inscripciones, velocidades fabulosas. En su mente germinó un plan.

Era un juego audaz, posiblemente sin triunfo seguro. Y, desde luego, un juego que implicaba su propia muerte, como tributo al triunfo final. Pero merecía la pena. Una vida, la suya..., a cambio de la vida de todos los seres humanos.

No cabían dudas. Pensó en Zoltan, en Jane, en Saddie... Todos tenían derecho a seguir viviendo, sin terribles peligros encima, sin monstruos invasores aniquilando el alma y la sensibilidad de los hombres, para convertirles en bestias informes y heladas, que no conocían el amor, la fe ni la bondad.

Sobre un mapa celeste había un detallado y luminoso indicador de planetas. Cada uno señalado con el nombre que le daban los “sakais”. Se fijó especialmente en uno: el propio Plutón, origen de los atacantes de la Tierra.

Tenía el cuadro celeste un indicador luminoso, conectado a la velocidad y al rumbo de la nave. El sistema de control era, pues, simple por demás. Aunque denotase una poderosa mentalidad para crearlo, por parte de los horrendos seres.

Situó el indicador luminoso sobre el propio Plutón. Luego se aproximó, con un brillo febril en sus pupilas, al tablero de mandos. Giró el indicador de velocidad hasta los mil millones de millas por minuto. Esto daba, en un rápido cálculo, una tardanza de tres minutos y cuarenta segundos aproximadamente, en llegar la nave a su destino: Plutón.

Luego, Mark hizo funcionar otros mandos, con movimientos febriles, vertiginosos, dramáticamente resueltos.

Pulsó un resorte de la energía radiactiva del cobalto. Luego, el del hidrógeno de la turbina dos. Ya estaba todo dispuesto. En cuanto oprimiera el disparador de la gigantesca astronave, "sakai", ésta partiría hacia Plutón, reactivada por la potencia de sus dos combustibles principales, dominados ya por los plutonianos, al parecer.

También faltaba otra cosa. Y ésta era la clave de la audaz intención de Mark. El control de refrigeración de los reactores estaba situado al tope. Los "sakais" sabían que eran precisos muchos cientos de grados bajo cero, como un muro helado entre el cobalto y el hidrógeno, para impedir el cataclismo de la fusión de ambos materiales radiactivados.

Mark se dispuso a jugar la carta decisiva. Su maño derecha giró el botón de partida.

La izquierda, el de refrigeración. Pero situándolo a la inversa, en el punto neutro, por encima de cero.

La nave partió, como arrastrada por una poderosa mano gigantesca. Fue proyectada hacia los cielos negros y distantes, a una velocidad inicial aterradora. Y en sus turbinas, los poderosos elementos radiactivados para su utilización mecánica, el hidrógeno y el cobalto, sin, separación helada entre sí, comenzaron a rugir, dando la fuerza motriz a la nave,

Pero acercándose también, insensiblemente, al punto de fusión. Cuando el roce, la fricción ardiente, tuviera lugar entre ambas turbinas, el caos más escalofriante de la historia de los espacios siderales, tendría lugar a bordo del gigantesco disco gris que, sobre la Tierra, en un lugar no localizado por los hombres, había estado acechando como una colosal y monstruosa ave de presa, ávida de poder y dominio sobre los demás.

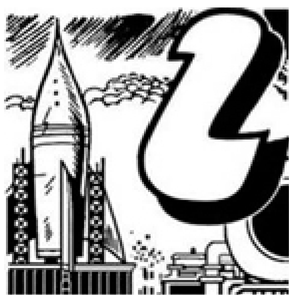
Tres minutos y medio tardaría en alcanzar Platón. Tres minutos y

medio tan sólo, durante los cuales la fusión llegaría al máximo. El impacto forzado sobre Plutón o al roce con su atmósfera, provocaría el cataclismo.

Y Mark Dolan, el héroe resuelto a morir, iba dentro…

CAPÍTULO X

C A O S



AS emisoras de radio, los periódicos, las cadenas de televisión y las mismas fuerzas militares, previamente revisadas con el detector de Zoltan, estaban lanzando la noticia a los cuatro vientos.

El clamor recorría la Tierra toda, de un extremo a otro, daba la vuelta al globo, en alas, de la urgencia, de terror desmesurado a la amenaza latente.

¡MARK DOLAN NO BROMEABA! ¡LA INVASIÓN INTERPLANETERIA ES CIERTA! ¡LUCHEN TODOS CONTRA LA AMENAZA DE PLUTÓN! ¡FABRICAD DETECTORES QUE ACUSEN LA PRESENCIA DE LOS HELADOS “SAKAI”!

El grito era decisivo, estremecedor. Enronquecía gargantas, hacía arder los receptores de radio, vibrar las pantallas aluminizadas de la televisión…

El Presidente mismo, en una alocución sensacional, había dado la voz de alarma aquella noche:

— ¡Terrestres, amigos, ciudadanos todos! ¡Vuestro Presidente os habla! ¡Tenemos a los invasores de Plutón aquí…, y va a ser preciso, incluso, matar a nuestras esposas, a nuestros hijos, hermanos, padres o amigos, porque cualquiera de ellos puede ser un “sakai”! ¡Pero no quiero asesinatos ni muertes inútiles! ¡Van a fabricarse urgentemente detectores de todos los tamaños, que se llevarán consigo, o se situarán en calles, plazas, vehículos y campos, para acusar la presencia de un “sakai”, y destruirlo inmediatamente! ¡Oídme todos! ¡Oíd a vuestro Presidente…!

Y así empezó todo. La gigantesca operación de salvar a la Tierra estaba ya en marcha. Con su Presidente a la cabeza, el movimiento heroico, abnegado y duro de los hombres, que a veces se enfrentaban con la dolorosa necesidad de aniquilar a quienes eran sus seres queridos, pero que habían dejado ya de serlo, “poseídos” por sus monstruosos invasores, seguía adelante.

Saddie Kent se apresuró a poner su fortuna al servicio de la causa defensiva de la Tierra. No fiándose de ella en absoluto, como de nadie, Zoltan la revisó con su detector. Era un ser humano, y esto le satisfizo.

—Gracias, señorita Kent —dijo el marciano, al entrevistarse con ella—, Mark ha caído en esta lucha. Pero por su recuerdo, al menos, debemos luchar contra esos espantosos invasores de Plutón. ¡Y debernos triunfar! Su dinero servirá sin duda de mucho.

Y jamás se habrá podido dar mejor empleo a una fortuna.

Saddie, con lágrimas en los ojos, se retiró, después de dirigir una mirada profunda a Jane Moore, y decir desde la puerta:

—Sé que usted le amaba, muchacha… Pero la fatalidad ha querido quitárnoslo a ambas… En el futuro, las generaciones venideras tendrán que levantar una estatua a Mark Dolan, y detenerse ante ella, pensando que entregó su vida por defender a la Humanidad…

Salió de la estancia. Jane no pudo soportar más. Estalló en llanto. Jahn Zoltan, siempre suave, comprensivo, palmeó su espalda con ternura. Musitó tristemente:

—Vamos, querida… No sufra más. Éste no es momento de llorar. Cuando todo haya terminado, tendrá tiempo sobrado de expresar su dolor.

Jane se irguió, dominando su angustia con un poderoso esfuerzo. Asintió, enjugándose el llanto.

—Tiene usted razón, Zoltan — declaró —. No es momento de lágrimas, sino de intentar ayudar al mundo. Y vengar a Mark… ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Zoltan asintió. También él sentía un dolor lacerante en su corazón de marciano, cuando pensaba en el terrestre amigo. Entre ambos había llegado a nacer una corriente de comprensión, de profunda camaradería..., truncada por el fin de Dolan.

Como dijera Jane..., por lo menos procurarían vengarle. Y vengarle bien.

* * *

Plutón apareció en la distancia. Se agrandó terriblemente en el visor externo de la gran nave "sakai".

Un enjambre de "sakais" asustados corría ya hacia la cabina de control. Pero se retiró al percibir una potente descarga electrónica. La puerta estaba virtualmente cerrada, pese a ofrecer su hueco a los "sakais". Víctimas de sus propios trucos, no podían entrar en la cabina de controles, no podían frenar la nave. El calor dentro de ésta empezaba a ser abrasador. Los cuerpos helados se derretían como cera, llenando de un denso humo azul la atmósfera interior.

Un minuto..., dos..., tres...

Tres mil millones de millas salvadas en un fabuloso y escalofriante vuelo. Con los depósitos de cobalto e hidrógeno radiactivo, a su máxima presión y calor...

Los "sakais" eran demasiado inteligentes para no advertir el caos que se avecinaba. No era sólo su destrucción, el final del plato volador gigante, que sirviera de base sobre la Tierra.

Era el fin, quizá, de su raza.

Porque la nave, convertida ahora en una monstruosa bomba C, estallaría sobre Plutón, aniquilando la vida en él, llenando de un calor espantoso el mundo helado de su raza. Cuando los efectos devastadores de la enorme carga de cobalto radiactivo hubieran pasado, nada quedaría de los "sakais". Ni quizá del propio Plutón...

Los segundos volaban. Los "sakais" no podían entrar en la cabina de controles, a impedir el desastre, porque el rayo fotónico había sido conectado dentro, y nadie podía cruzarlo ni desconectarlo desde fuera.

Diez..., veinte..., treinta..., cuarenta... Uno..., dos..., tres..., cuatro...

A los tres minutos cuarenta y cuatro segundos de perforar el negro vacío de los espacios siderales a una velocidad inaudita y pavorosa, la base "sakai" alcanzó la atmósfera glacial de Plutón.

Cayó como una piedra sobre las grandes ciudades de los "sakais", sobre la superficie helada del planeta. Nada ni nadie pudo impedirlo.

Estalló un fragor horrísono, los cielos parecieron llamear, el

mundo entero de Plutón se resquebrajó violentamente. Una lluvia de fuego, de cobalto radiactivo, de hidrógeno candente, lo arrasó todo…

Luego, nada. Tras el espantoso cataclismo planetario, el silencio. El silencio terrible de la muerte, de la aniquilación, del fin…

Todo aquello que los fríos y despiadados “sakais” planearan para acabar con los demás, se cumplió sobre ellos. La mano de Mark Dolan había movido los mandos a bordo. Su inteligencia jugó la mala pasada a los enemigos mortales.

Dolan, como instrumento ejecutor de la sentencia de Dios, había cumplido su misión heroica.

Pero cuando la explosión tuvo lugar en Plutón…, él no estaba en la cabina de mandos. Los ‘'sakais” la habían visto totalmente desierta, cuando intentaron en vano salvar a su mundo y a su raza de la total aniquilación.

* * *

Las cabezas de los hombres de Ciencia reunidos ante el radiotelescopio gigantesco de Rock Hill se volvieron coa estupor hacia los indicadores electrónicos del muro.

— ¡Plutón ha sufrido un cataclismo espantoso!— señaló uno de ellos—. ¡Miren! ¡El indicador coincide con la explosión registrada por el radiotelescopio!

—Por la detección radiactiva, parece una explosión de cobalto —refirió otro—, Ha debido aniquilar todo signo de vida sobre el planeta… Dios sea loado, ¿será esto un milagro, cuando más difícil estaba todo para nosotros?

Otro de los científicos corrió hacia el radiotelevisor, exclamando:

— ¡Hay que notificarlo inmediatamente al Poder Central! ¡El Presidente debe saber lo que ocurre! ¡Y en seguida!

Abrió la conexión. Momentos después en el Palacio Presidencial, era recibida la noticia del cataclismo de Plutón, con la posible, muerte de toda la raza y la civilización de le s “sakais”.

El Presidente, cuando recibió la noticia, solamente hizo un leve comentario, suspirando cansadamente, e inclinando su noble cabeza, de grises cabellos.

—Dios mío, gracias… Esto ha sido un auténtico milagro…

CONCLUSIÓN

Jahn Zoltan miró pensativo hacia las estrellas. Luego, se volvió a Jane Moore y a Saddie Kent, que le acompañaban, en la suntuosa terraza de la millonaria, asomada a la noche de la gran ciudad, en un atrevido semicírculo.

—No sé por qué... —musitó, como si hablara para sí—, Pero lo

pienso...

Jane le miró extrañada. Cambió una ojeada rápida con Saddie.

— ¿Qué es lo que piensa, Zoltan? — preguntó Jane.

—Pensaba en ese cataclismo de Plutón... y me decía, sin saber por qué, que acaso Mark no haya andado muy lejos del asunto.

—¿Qué quiere decir?— interrogó Saddie, perpleja, reteniendo su llanto.

—Que Mark Dolan estaba pasiblemente a bordo de alguna nave espacial de los “sakais”... y logró provocar un caos, destruir a los enemigos de la raza humana, de todas las razas civilizadas y sensibles, sacrificándose él a su vez.

— Yo también he tenido a veces ese presentimiento—suspiró Jane, alejándose unos pasos. Se quedó erguida, contemplando el cielo cuajado de astros. Su figura parecía elevarse, querer volar hacia los espacios distantes, donde quedaba la explicación del enigma, la verdad de la muerte de Mark Dolan, que temía no llegar a saber nunca —. Y también he creído oír una voz que, llegando de esas lejanas estrellas, me susurraba al oído; “No llores, Jane... No sufras..., Mark Dolan volverá. Volverá algún día de los cielos, para estrecharte en sus brazos y confesarte que es a ti a quien ama realmente...”

Saddie respiró hondo. No hubo resentimiento en su mirada a Jane. Abajo, en las calles de la ciudad, continuaban los disparos, las descargas eléctricas, siempre que un detector de los que infectaban las calles y vías urbanas, detectaba la presencia de un “extraño”.

— Jane, usted también le habrá amado mucho — suspiró la millonaria—. Pero yo le quise desesperadamente..., y lo hemos perdido ambas. Sólo Dios y él sabrán ahora a quién amaba en realidad.

Jane no respondió. De pronto, había sentido un escalofrío profundo, enervante. Una sensación sutil, inexplicable. Tembló. Una emoción que no sabía justificar, la invadió. Volvióse vivamente, pero con cierta majestuosidad. Miró a la puerta iluminada que conducía al interior de la lujosa vivienda de Saddie.

Vio la sombra erguida, recortada contra la luz.

Sabía qué, era imposible. Y, sin embargo, no se sorprendió. Le miró. Le reconoció en seguida.

Él estaba allí. Había vuelto de las estrellas...

— ¡Mark!—gimió—. ¡Dios mío... Tú!

Luego se desvaneció. Los brazos de Mark Dolan la recogieron.

* * *

— ¡Mark!

— ¡Dolan!

Saddie y Zoltan gritaron simultáneamente. Avanzaron hacia Mark, que sostenía entre sus brazos a Jane.

Era un imposible. A pesar de ello, era Mark Dolan. Le estudió Zoltan largamente. Recogió de sus brazos a Jane inerte, mientras Saddie abrazaba al joven, y él le devolvía el abrazo, junto con un beso apasionado.

—Mark, Dios santo… ¡Si no puede ser! ¡No puede ser! — gemía Saddie, estremecida.

—Ha sido posible — dijo Dolan lentamente, sonriendo. Tendió su mano a Jahn Zoltan. Le dedicó una mirada afectuosa y cordial—. Ha sido posible… y aquí estoy.

— ¿Cómo, Mark? — preguntó Zoltan, muy curiosamente.

Dolan les refirió todo lo ocurrido arriba, Cuando llegó al momento del arranque de la astronave, hizo una pausa. Zoltan indagó:

— ¿Y después? ¿Cómo saliste de allí?

—Fue, el auténtico milagro — sonrió Mark—. En la cabina existía una segunda cámara automática. Descubrí, en el primer angustioso minuto, que esa cámara era un sistema de emergencia para escapar, en caso de peligro, los dirigentes de la nave, que eran los que ocupaban la cabina de control. Esa cámara se disparaba automáticamente al ocuparla uno y cerrar su puerta, convirtiéndose en una pequeña nave-satélite, de propulsión independiente, y rumbo a voluntad, con mandos interiores. En cuanto salí disparado, varié totalmente el rumbo y regresé a la Tierra. Era mucho más lenta, naturalmente, que la gran nave de los “sakais”, convertida en gigantesca bomba de cobalto. Mientras yo me dirigía a la Tierra, la otra nave, llegaba a Plutón y provocaba el cataclismo…

Hubo un silencio. Ahora, todo estaba explicado. Lo imposible tenía su lógica razón. Pero aun así, parecía todo demasiado fantástico, demasiado milagroso todavía.

Jane Moore se había recuperado. Mark la dedicó una de sus efusivas, risueñas caricias, y ella inclinó los ojos a tierra, sin decir nada. El triunfo hizo brillar los ojos de Saddie. Ahora sabía ya cuál de las dos mujeres había triunfado definitivamente.

Zoltan también se dio cuenta. Y quiso evitar nuevos sufrimientos a Jane. La tomó suavemente por una mano.

—Vamos, Jane —dijo—. Nosotros os dejamos ahora, Mark. Vamos a informar al Presidente de tu regreso. Creo que te harán un monumento gigantesco y te cubrirán de oro…

—No quiero nada de eso — sonrió Mark—. Me basta la satisfacción propia...

—Adiós, Mark, muchacho — dijo Zoltan —. Creo que yo, después de informar al Presidente, y dejar a Jane en su casa, volveré a mi mundo.

—¿Ya?— el dolor se reflejó en los ojos de Mark—. ¿Otra vez... a Marte?

—Sí, Mark. Siempre llega el momento de las despedidas. Pero nuestra buena amistad seguirá existiendo por encima de las distancias. Y ahora, unidos Marte y la Tierra, podemos laborar por un futuro mejor para todos... Me he alegrado mucho de conocerte, Mark Dolan. Eres el auténtico héroe que me dijeron. Y un gran amigo...

Se estrecharon la mano en silencio. Zoltan también estaba emocionado. Luego, súbitamente, tendió a Mark dos objetos: su detector y su pistola. Habló con voz rota:

—Toma, amigo. No necesitaré tu arma en Marte.

Y mi detector será un recuerdo de nuestra buena amistad. Guárdalo... para que nunca olvides los peligros que hemos pasado juntos...

—No lo olvidaré, te lo prometo... Te deseo que seas muy feliz con tu amada Aurea, allá en tu mundo, Zoltan. Ha sido... ha sido una gran amistad la nuestra.

—Sí. Muy grande, Mark...—sonrió forzadamente —. Ahora, adiós. Yo también te deseo la felicidad, junto a la mujer que elija tu corazón. Adiós, Mark...

—Adiós, Zoltan..., amigo.

El hombre de Marte salió con Jane. Mark respiró hondo. Volvióse luego muy despacio hacia Saddie, que le sonrió tiernamente.

— ¡Es un gran chico ese marciano — dijo Dolan—. Creo que nunca le olvidaremos...

—Cierto que no. Le debemos demasiado, Mark, querido — se acercó a él, le rodeó con sus brazos —. Pero, ahora, olvidemos todo eso. Vivamos nuestra felicidad, nuestro momento...

—Mark asintió. La proximidad de Saddie le hizo olvidarse de todo. La rodeó también con sus brazos. De su mano escapó el ligero detector de Zoltan, que golpeó el suelo a sus pies.

Mark besó los labios de Saddie. Confusamente, le pareció que le zumbaban los oídos. Pensó, humorísticamente, que llevaba demasiado tiempo sin besar a Saddie...

Sus ojos miraron a tierra, sin saber por qué. Vio el detector..., ¡y parpadeaba violentamente!

El zumbido era del detector. Su insistencia era fuerte, intensa... ¡Había un “sakai” cerca!

Y, cerca de él solamente estaba...

— ¡Saddie!—la apartó con un rugido. Al apuntar a ella, vibró la varilla flexible del detector—. ¡Saddie..., no es posible!

El rostro de ella se contrajo un momento diabólicamente. Mark comprendió la espantosa verdad. Ella gritó, abalanzándose sobre él, con sus uñas por delante, para destrozarle el rostro.

Dolan disparó sobre ella. No vaciló. No tuvo piedad de la muchacha que iba a ser su esposa..., porque ya no era ella.

La destrozó a balazos. La vio caer, tambaleante, con una expresión terrible en sus pupilas dilatadas.

Retrocedió, trémulo de horror, súbitamente agobiado por el impacto terrible.

Saddie, en el suelo, comenzó a diluirse, se elevó de ella un vapor azulado y frío cuando comenzó su “mutación” - horripilante...

— ¡Dios mío...! ¡Dios mío!—jadeó Mark, mojando el arma al suelo.

A su espalda, la puerta de la terraza se abrió violentamente. Mark se volvió. Jahn Zoltan y Jane Moore, al estruendo de la breve lucha y los gritos de Saddie y de Mark, penetraron de nuevo en la azotea.

Se quedaron petrificados en el umbral, contemplando el último horror...

— ¡Oh, no!—gimió Jane, ocultándose contra el pecho del marciano.

Zoltan habló roncamente, sin apartar sus ojos de lo que ahora quedaba de Saddie.

—Antes la había detectado yo, y el resultado fue negativo... Sin duda, ha sido más tarde, cuando un “sakai” se introdujo en su mente, aniquilándola por completo, para eludir la persecución que sufren... Cielos, Mark, es un golpe terrible. No sabes cómo lo siento...

Mark asintió despacio. Se alejó hasta el borde mismo de la azotea. Contempló las estrellas, con silenciosa y amarga impotencia. Jane, muy despacio, se acercó a él. Apoyó sus manos en los brazos de él,

—Mark, escúchame — habló suavemente— . No debes desesperar... Algún día olvidarás esto... y otra mujer te hará sentir de nuevo la ilusión de vivir.

—No lo sé, Jane, no lo sé...

—Yo sí, Mark. Hay otras mujeres..., otras mujeres que también aman y sufren en silencio... Y tienen esperanzas de que un día, el

hombre amado se fijará en ellas. Tenemos que vivir de esa esperanza, aguardar el día maravilloso en que todo cambie...

—Sí, Jane, eso sí...—se volvió despacio hacia ella. La contempló, sombrío—Gracias por tus palabras... Si he sido fuerte para luchar, debo serlo también ahora... Tú puedes ayudarme mucho, Jane.

—Claro que te ayudaré. Ven conmigo. Zoltan y yo te llevaremos a casa. Cuidaré de ti unos días... Procuraré que olvides, no temas...

Mark asintió. Zoltan, tras una mirada al cadáver humeante del último "sakai", sonrió tenuemente. Acaso había sido mejor así. Viendo salir ante él a Mark Dolan y a Jane, el marciano se dijo que por fin iba a tener Jane su oportunidad.

Y todavía más, cuando oyó la voz apagada de Mark, diciendo a la joven:

— ¿Sabes una cosa, Jane? Cuando creí morir a bordo de aquella bomba de cobalto..., pensé también en ti. Y sentí que no te volvería a ver..., al menos para decirte adiós.

Jane asintió con lágrimas en los ojos. Zoltan miró a los cielos estrellados. Buscó, con sus ojos purpúreos, la lucecilla roja de Marte. Sonrió.

—Todo empieza a ir por buen camino — musitó para sí —. Bueno, Aurea, creo que es el momento de volver a tu lado... Ya falta poco, para que también nosotros iniciemos una vida feliz... en un Universo feliz...

* * *

"Si…

Me he casado con Áurea en mi propio mundo.

Y sé que allá, en la Tierra, hace unos meses que Mark Dolan, el héroe público, se ha unido para, siempre a Jane Moore, su abnegada compañera y secreta enamorada...

Algún día iremos a verles Áurea y yo.

Estoy seguro de que será un buen día. Nosotros, los marcianos, nunca olvidamos a un buen amigo. Esté donde esté..."


FIN

¿Suspense?

¡DE LA PRIMERA A LA ÚLTIMA PÁGINA!

¿Intriga?

¡ES UN DESAFÍO A LA INTUICIÓN DEL LECTOR!

El Pobre John

Cuando Bess vio a aquel hombre en la puerta no pudo reprimir un grito de asombro.

¡NO ERA POSIBLE!

El Pobre John

Un relato que le dejará un magnífico sabor de boca.



Después de hacerlo sólo lamentará una cosa:

HABER DESPERDICIADO SUS MOMENTOS DE OCIO SIN HABERLOS LLENADO *DE* LA AMENA ATRACTIVA Y VERDADERAMENTE INTERESANTE LECTURA DE SUS VIBRANTES PÁGINAS.

ULTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

211. — Ciudadano estelar. — *Clark Carrados*

212. — El poder de la mente. — *H. S. Thels*.

213. — El sol puede estallar. — *Roy Silverton*.

214. — La ciudad prohibida. — *H. S. Thels*.

215. — Juego sucio. — *Law Space*.

216. — Marte tuvo pasado. — *Roy Silverton*.

217. — El secreto de Ganimedes. — *Vic Adams.*

218. — Vivisección. — *Law Space*.

219. — Klag, el fabuloso. — *Johnny Garland*.

220. — Duplicata. — *Law Space.*

221. — Asteroide nueve-uno-seis. — *Roy Silverton*.

222. — Una mota de polvo. — *Clark Carrados*.

223. — Los autómatas. — *Johnny Garland*.

224. — Mensaje al Futuro. — *Peter Danger*.

225. — Baratería espacial. — *Clark Carrados*.

226. — ¡Robot! — *Peter Dean*.

227. — ¡Terror en el astrocargo! — *H. S. Thels*.

228. — ¡Viaje al sol! — *Johnny Garland*.

229. — El detendrá el mundo. — *Johnny Garland*.

230. — El valle del pasado. — *Clark Carrados*.

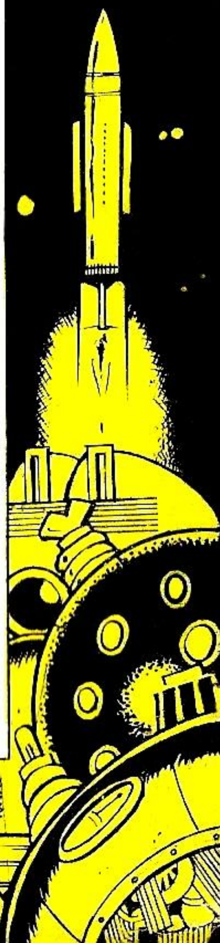
231. — Pantanos de Venus. — *Johnny Garland*.

232. — Los colonos. — *Clark Carrados*.

233. — Enemigo invisible. — *Roy Silverton*.

234. — El amo del tiempo. — *Johnny Garland*.

235. — Yo, marciano. — *Johnny Garland.*



Escena de la película THE 27th DAY.
Columbia Films

Precio en España: 6.- ptas. En Argentina: 9 pesos